

NÚMERO 29

DR. JEAN MEYER

Pro domo mea: "La Cristiada" a la distancia

ABRIL 2004



CIDE

www.cide.edu

• Las colecciones de **Documentos de Trabajo del CIDE** representan un medio para difundir los avances de la labor de investigación, y para permitir que los autores reciban comentarios antes de su publicación definitiva. Se agradecerá que los comentarios se hagan llegar directamente al (los) autor(es).

• D.R. © 2004. Centro de Investigación y Docencia Económicas, carretera México-Toluca 3655 (km. 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
Tel. 5727•9800 exts. 2202, 2203, 2417
Fax: 5727•9885 y 5292•1304.
Correo electrónico: publicaciones@cide.edu
www.cide.edu

• Producción a cargo del (los) autor(es), por lo que tanto el contenido así como el estilo y la redacción son su responsabilidad.

Resumen

En la formulación de mi tesis doctoral (1972) sobre "La Cristiada" me fui demasiado lejos al privilegiar la causalidad religiosa, mejor dicho, al factor religioso para no meternos en el problema científico, filosófico y metafísico de las causas, una y múltiples. Creo no haber olvidado los factores socio-económicos, tampoco los culturales, mentales e ideológicos, pero, no cabe duda, formulé de manera demasiado fuerte mi tesis, como un abogado y, bien dice el dicho: "quien demasiado comprueba, nada prueba". Era una TESIS, pues, que tenía que ir contra la sabiduría político-académica del momento, tanto en lo general como en lo particular.

Desde 1972 he aprendido mucho y ahora he podido matizar mi "tesis".

Resume

Dans la formulation de ma thèse (1972) —il faut savoir que La Christiade fut ma thèse de doctorat d'Etat— je suis allé trop loin dans le privilège accordé à la causalité, à l'explication religieuse du grand soulèvement paysan de 1926-1929, au Mexique. Je n'avais pas oublié les facteurs socio-économiques, culturels, ethniques, mentaux, idéologiques, mais... comme un avocat j'ai trop insisté sur ce point et qui veut trop prouver, finit par ne rien prouver. Plus de trente ans après, je fais mon autocritique, reviens sur le sujet à la lumière des nouvelles recherches et m'arrête sur le problème de la connaissance historique.

Abstract

In the formulation of my thesis (1972) on the great Mexican popular uprising of 1926-1929 known as La CRISTIADA, I went too far in the privilege given to the religious factor in the understanding of the movement. One must remember that it was a thesis, a professional thesis for the Doctorate of History, and I defended the importance, at that time neglected or negated, of the religion for the people crushed between two adversaries, the Catholic Church and the Revolutionary State in building. Thirty years later, I make my autocritical and defense. I use my critics and the progress of historiography, before reflecting on the relation between Time and historical knowledge.

PRO DOMO MEA: La Cristiada ¹ a la distancia

Pasó el tiempo y lo que un tiempo parecía historia contemporánea hoy se vuelve historia antigua. Terminé de escribir *La Cristiada* hace 31 años. Cuando empecé el trabajo en 1964, el conflicto religioso (1926-1929) tenía 38 años, y yo 22. Hoy en día estamos a 78 años del acontecimiento y tengo 62 años. Los veteranos que entrevisté eran hombres que habían tenido 30 años para abajo en tiempos de la Cristiada. Han muerto ya y los testigos que sobreviven y tienen hoy en día 90 años eran niños en aquel entonces.

Pasa el tiempo y cambia la perspectiva. Satanizada hace 40 y 30 años la Cristiada tenía que ser 100% reaccionaria y sus estudiosos reaccionarios también. Mucha gente se negaba a hablar, muchos archivos no se podían consultar. Hoy en día no hay problemas y existe una corriente que quiere incorporar la Cristiada a la "Revolución Mexicana" y, más allá del reconocimiento legítimo de la naturaleza popular del movimiento, jalarlo hacia la izquierda, hacer de la Cristiada una lucha popular contra todas las opresiones. De guardia blanca de los hacendados malditos, de asesinos de los santos maestros de la escuela socialista, los Cristeros pasarían a ser los hermanos de todos los guerrilleros del mundo. No merecían tanta abominación ayer, tampoco les corresponde semejante gloria hoy. Es peligroso confundir y revolver todo con todo. No tiene caso. Para colmo el péndulo sigue en movimiento y ya nació la contracorriente neorrevolucionaria que pinta la Cristiada con los colores de la más negra reacción. El intento del PAN de utilizarla como bandera ha llevado agua a ese viejo molino reactivado por las beatificaciones y luego canonizaciones de una veintena de mártires católicos mal llamados "cristeros". En 1964 la Iglesia Católica estaba de acuerdo con el Estado para imponer el silencio; en 2004 reivindica la Cristiada como gloria suya... Ni modo. Me gustaría que se aceptara que la Cristiada fue un drama inmenso y punto. Todo lo demás pierde importancia.

«"Je" est un autre» "Yo" es otra persona, dijo no recuerdo quién. Hoy soy diferente del joven francés quien llegaba al Centro de Estudios Históricos dirigido por Luis González (1925-2003) en el Colegio de México presidido por Don Silvio (Zavala). No estoy batallando contra X, Y o Z, quien en 2003 sigue enojado contra "aquel francés que no quiere a la Liga". No sólo soy mexicano arraigado en México: tengo otras urgencias, otros temas, otros adversarios virtuales. Sin embargo, la historia de la historiografía y la autocrítica me mantienen despierto y el Seminario permanente de la División de Historia del CIDE me ha dado la oportunidad de desarrollar un tema esbozado en 1998 en

¹ Libro publicado bajo ese título en 1973 por la flamante editorial Siglo XXI, gracias a su director Arnoldo Orfila. Luego por la Universidad de Cambridge gracias a Eric Hobsbawm y, finalmente, en francés por las editoriales Payot y Gallimard.

Cambridge, gracias a David Brading. Tanto en Inglaterra como en el CIDE he podido averiguar que:

“La razón necesita ser sostenida en su búsqueda por un diálogo confiado y una amistad sincera. El clima de sospecha y de desconfianza, que a veces rodea la investigación especulativa, olvida la enseñanza de los filósofos antiguos, quienes consideraban la amistad como uno de los contextos más adecuados para el buen filosofar”.²

El presente documento de trabajo es el resultado del seminario del 25 de noviembre del 2003; agradezco sus comentarios y observaciones a todos los participantes.

A la distancia, ¿qué puedo decir sobre el tópico y sobre el tratamiento que le di hace años? Empezaré con el tema de mis errores así como de mis falacias, insuficiencias y omisiones, a la luz de los progresos realizados por todos los que entraron en el mismo campo hace tiempo o recientemente. Después pasaré a una reflexión sobre el problema del *tiempo* (presente), del paso del tiempo y de sus efectos sobre el conocimiento histórico.

I. La autocrítica y sus límites

En las más de dos mil páginas mecanografiadas de la tesis, algo reducidas en los tres tomos del libro, cometí muchos errores de dedo y también pequeños errores factuales. Recibí una abundante correspondencia que permitió a la editorial incorporar correcciones en las ediciones sucesivas: fechas, lugares, cifras, referencias, pie de foto...

Cuando recibí críticas fundadas como infundadas, demasiado largas para su incorporación en el libro, busqué siempre la manera de darles circulación y publicidad. Estoy hablando, obviamente, de las reacciones provocadas por ciertas afirmaciones factuales o por ciertas tesis (interpretaciones) mías, manifestadas en mi libro. Así pude publicar tres cartas de Felipe Brondo (Saltillo, Coah.) escritas en 1974 para rectificar y matizar mi transcripción mal entendida de su testimonio y de sus archivos. Idem con la carta de Jesús Sanz Cerrada (7 de noviembre de 1973), heroico apoyo civil de los cristeros de Durango, en la Segunda. Idem con la carta de Juan Manuel Gómez Morín (3 de julio de 1974), rectificando mi juicio (ignorante) sobre la actuación de su padre, Manuel Gómez Morín, en los años del conflicto religioso.

Hice lo mismo con las cartas de Carlos Blanco (1 y 19 de abril de 1975), cristero de los Altos de Jalisco, marginado por los otros jefes de la región y que se consideró calumniado por mí. Sus cartas dirigidas al P. Nicolás Valdés me llegaron hasta... 1983. Idem con Luis B. Beltrán, representante de la Liga en

² Juan Pablo II. FIDES et Ratio. México, s.f., s.p.i., p. 38

Jalisco, mal visto como el anterior por los jaliscienses. Cuando entrevisté a Luis B. Beltrán, en 1966, no se acordaba de nada, ni tenía (dijo) archivos. Recuperé la memoria cuando leyó mi libro. Quien tenía excelente memoria y me corrigió factualmente con toda razón, era José Guizar, de Cotija.

El P. Heriberto Navarrete SJ, combatiente de los Altos de Jalisco, muy próximo al general Gorostieta y autor de espléndidas memorias (*Por Dios y por la Patria*, editorial Jus, 1961, de hecho escritas en 1940), se molestó mucho con mi presentación contradictoria —utilicé todas las versiones— de la condena a muerte y de la ejecución de Victoriano Ramírez "el Catorce", leyenda cristera alteña. Me atacó en largas cartas y artículos en la prensa local a los cuales yo di una amplia difusión.³ Con todo respeto traté al autor de la polémica, porque además de haber sido compañero de Don José Ramírez Flores y profesor de Luis González, me había proporcionado generosamente documentos, fotografías, grabaciones, su testimonio y su tiempo.

No polemiqué con el Dr. José Antonio López Ortega, respetable ligüero, dirigente en Roma de V.I.T.A. México, asociación que trabajaba para lograr el apoyo internacional para la Liga y los católicos en armas (1926-1929). El 25 de mayo de 1976 mandó una carta al Rector de la Universidad de París —lugar de mi defensa de tesis—, con un texto mecanografiado de 60 cuartillas intitulado: "Inexactitud de lo afirmado por Jean Meyer en su obra *La Cristiada* de que el Santo Padre Pío XI no sufrió engaño en los arreglos de la cuestión religiosa en México celebrados el 21 de junio de 1929". El doctor retomaba la vieja tesis de la Liga que escuché en boca de don Miguel (Palomar y Vizcarra) en 1965-1966, tesis aceptada con fervor religioso por todos los católicos opuestos a los arreglos que prefirieron creer en la "traición" de los arzobispos Pascual Díaz SJ y Ruiz y Flores antes que aceptar la realidad política e histórica.⁴ Asunto de fe, pues. Me limito a señalar que el 15 de septiembre de 1989, Salvador Abascal, quien fue el mayor jefe sinarquista, me escribía: "le advierto que no le va a caer en gracia(...) mi rudo ataque a su juicio sobre los arreglos de 1929" (en su libro *Lázaro Cárdenas Presidente Comunista*, tomo I, ed. Tradición, 1989). Abascal, sí aceptaba mi versión pero no aceptaba mi relativa crítica de los arreglos, dándole toda la razón a la diplomacia vaticana.

Hasta aquí las críticas católicas.

Ahora, mi autocrítica: empezó inmediatamente con la apertura de nuevas fuentes o el trabajo en archivos que no había consultado como los diplomáticos ingleses, franceses y estadounidenses. Aceleró entre 1973 y 1976 cuando, con Enrique Krauze y Cayetano Reyes elaboramos los tomos 10 y 11 (la presidencia de Calles) de la gran Historia de la Revolución mexicana lanzada por don Daniel

³ Logré su publicación en *El Occidental*, de Guadalajara, luego lo edité en *L'Ordinaire du Mexicaniste*, del Instituto de Estudios Mexicanos de la Universidad de Perpiñan, Francia.

⁴ Confirmada una vez más, por si fuese necesario, ahora por documentos diplomáticos chilenos publicados por Roberto J. Sánchez Dávalos, *El conflicto religioso y sus arreglos*, México, 2001.

(Cosío Villegas) y dirigida por Luis González. Un botón de muestra: Cayetano Reyes, genio de los archivos, descubrió en el AGN la versión taquigráfica oficial de la entrevista del 21 de agosto de 1926 entre el presidente Calles y los arzobispos Díaz y Leopoldo Ruiz y Flores.⁵ Otro: el mismo Cayetano desenterró el expediente policiaco de José de León Toral con todo y pruebas psicológicas. Lo publiqué y fue muy útil tanto a José Emilio Pacheco como al psicoanalista Alberto Sladogna.⁶

Guillermo Sheridan en su incansable labor de sabueso, rastreando a Ramón López Velarde en los papeles de Eduardo J. Correa (periodista y militante del Partido Católico Nacional como él), me proporcionó una ocasión única de rectificar un error mío, provocado por mi ceguera o sordera, a la clásica argumentación anticlerical desde 1914: la Iglesia (toda) había sido huertista y compartía con Victoriano Huerta todos los crímenes de la dictadura. Sheridan convenció a la familia Correa de prestarme un manuscrito inédito (1914) del licenciado Correa, intitulado *El Partido Católico Nacional*. Ese documento fabuloso, si bien exoneraba a la Iglesia, era un requisitorio implacable contra la cúpula del PCN, acusada primero de una irresponsable oposición a Madero, segundo de implicación en el golpe de Estado (Reyes, Díaz, luego Huerta) de febrero de 1913. Edité y publiqué el texto⁷ con el comentario siguiente:

“Lo que dice Correa de las compromisiones de algunos dirigentes del PCN con el régimen del general Huerta es mucho más convincente que las acusaciones de los revolucionarios contra el clero. Por lo mismo, me obliga a hacer mi autocritica. Tanto en *La Revolución mexicana* (París, 1973) como en *La Cristiada* (México, 1973-1975, t. II, p. 65) afirmé que el PCN “no estaba comprometido con un régimen al que combatía violentamente en su periódico *La nación*”.

Quien quiere probar demasiado, no prueba nada. No todos los dirigentes, no todos los militantes del PCN fueron antimaderistas, ni todos fueron huertistas convencidos o convenencieros, pero después de leer a Correa no me cabe duda que algunos lo fueron de tal manera que atrajeron sobre sus cabezas y sobre la Iglesia y el pueblo católico en general la bien justificada ira carrancista.

Escribe Correa en 1914: “Para mí, un partido [PCN] que con propia mano labró su tumba, que no tuvo visión de la realidad para cumplir su destino y que dio *pretexto plausible* [las cursivas son mías] al caudillaje para desatar la persecución contra la Iglesia, [...] no puede vanagloriarse de triunfo, sino reconocer honradamente su fracaso”.

⁵ La edité, comenté y publiqué en varias ocasiones dada su importancia, bajo el título “La entrevista de la última oportunidad”, *Relaciones* 31, verano 1987: 110-142. Existe otro ejemplar en el Archivo Plutarco Elías Calles, exp. 137: arzobispos, inventario 364.

⁶ *L'Ordinaire du Mexicaniste* 32, verano 1978: 6-48 (68 p. mecan., informe psiquiátrico entregado el 18 de septiembre de 1928).

⁷ Eduardo J. Correa *El partido católico nacional*, México, Fondo de Cultura, 1991.

Me equivoqué por no haber tomado en serio la tesis de Manuel González Ramírez porque me molestaba. Así de sencillo. *Mea culpa*. Ahora les quedaría a los defensores de tal tesis reconocer tranquilamente que en contra de los huertistas Elguero y Tamariz estaban los maderistas Correa y López Velarde, y que el pueblo católico fue maderista. Si no lo hacen, cometerán el mismo error que los jacobinos quienes, entre las gentes y los hechos, escogían únicamente los que confirmaban sus convicciones sectarias. Sería prolongar el pleito entre jacobinos de la era terciaria y católicos del tiempo de Pedro *El Ermitaño* que reventó a principios del siglo XX. El anticlericalismo jacobino no es un apéndice fácilmente separable del liberalismo. Es una parte esencial del programa y en 1900 el naciente movimiento de los clubes liberales descubrió que Voltaire era más necesario que nunca, que la política de conciliación porfiriana habría permitido una gran expansión católica y clerical. La toma de conciencia: "el clero, los católicos, ése es el enemigo" pasó del Partido Liberal, de Flores Magón, a la fracción jacobina del maderismo en el poder. Entonces despertó la vieja división entre liberales "puros" y católicos que Madero había logrado borrar en 1910-1911. Los esfuerzos de Madero y de los católicos maderistas al estilo de Eduardo J. Correa, Ramón López Velarde y Silvestre Terrazas fueron vanos. El PCN sucumbió a la tentación antimaderista y, después de la caída del huertismo, tanto la Iglesia como los católicos tuvieron que enfrentarse a la embestida del constitucionalismo triunfante y enardecido por su convicción de que el porfirismo, el huertismo y el catolicismo eran una sola y misma cosa. Así, después de la breve interrupción maderista, continuó la exclusión de los católicos de la política, característica del siglo XIX desde el triunfo de la Reforma.

Servando Ortoll, quien debería resignarse a publicar tal cual su gran tesis sobre las organizaciones secretas católicas, me hizo compartir generosamente su conocimiento de innumerables fondos de archivos en los Estados Unidos y con eso entendí mejor el papel de los clérigos norteamericanos y de las diplomacias de Washington, París y la Santa Sede en la negociación de los arreglos; y también las contradicciones en el Vaticano, en el seno de la jerarquía mexicana, entre los católicos mexicanos: había subestimado el número y la fuerza de los católicos opuestos a la lucha armada y partidarios de la lucha cívica.⁸

Luego vino la creación del Fideicomiso para los Archivos Calles-Torreblanca (en expansión constante, hace poco con la catalogación del archivo del general Amaro) y su apertura total al público: eso me obligó a precisar y refinar mis ideas sobre el papel de Obregón, sobre la Iglesia cismática; confirmó lo que me había dicho (1973-1975) Marte R. Gómez sobre la increíble omnipresencia de los

⁸ Ver, por ejemplo, el trabajo de Amanda Hernández, "Peregrinación de Tacubaya a la Villa de Guadalupe, 1927", en *Los pinceles de la historia, La Arqueología del Régimen, 1910-1955*. México, 2004, Munar: 132-137.

servicios secretos mexicanos que interceptaban lo mismo la correspondencia diplomática US, que la de los obispos y la de los delegados apostólicos.⁹

Hasta la fecha siguen sin abrirse los archivos del Vaticano –se consultan hasta 1922–, y los de la Secretaría de la Defensa Nacional, pero la consulta de los archivos de la Iglesia en México y del fondo Amaro permitirá a los historiadores ver lo que no pude ver. Por ejemplo: “Por orden directa del general Amaro se han ejecutado a todos los prisioneros”. O los álbumes fotográficos de sacerdotes y cristeros fusilados sistemáticamente enviados al Secretario de la Defensa por el coronel X.

En México encontré la pista, para luego perderla, del archivo del Comité Episcopal entre 1926-1929... Me gustaría hojearlo algún día para confirmar o cancelar lo dicho por mí, mientras, sigamos esperando la apertura y catalogación previa de los archivos vaticanos.¹⁰

Aportación

En mi libro no aparecen cifras fundamentadas en cuanto al costo en vidas humanas del gran episodio bélico, tampoco del costo económico: unas notaciones impresionistas, nada más. Gracias al equipo de ayudantes de la *Historia de la Revolución Mexicana*, aparecieron datos concretos sobre el segundo punto. En cuanto al primero, fue el presidente de la república, Miguel de la Madrid, en visita oficial a Francia en el año 1986, quien proporcionó una cifra. Cifra muy alta. Cito la entrevista realizada: por André Fontaine, director de *Le Monde*:

“De esto resultó en los años veinte (de 1900. Nota de J.M.) una guerra de religión que causó 250,000 muertos. Luego se estableció a lo largo de los últimos años, un acuerdo satisfactorio entre la Iglesia y el Estado” (Le Monde, sábado 20 de septiembre de 1986, primera plana y toda la p. 6 “Un entretien avec le président du Mexique”). En mi asombro escribí a André Fontaine para preguntarle si algún duende no había hecho de las suyas en la imprenta y me contestó: “Estimado Señor, favor de encontrar en el mismo sobre, para contestar a su pregunta, la fotocopia del original establecido por los servicios de la Presidencia mexicana, a partir de la traducción de la caseta sobre la cual se grabó la entrevista. Mis correcciones son puramente formales. Etcétera...” (16 de octubre de 1986). En anexo el lector encontrará la reproducción facsimilar de esa documentación. Alguna vez el general Luis Garfias, historiador militar entonces director del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, me dijo que él había proporcionado esa estimación al presidente. La cifra incluye las bajas entre los combatientes de los dos bandos y las sufridas, directa o indirectamente, por la población civil”.

⁹ *Boletín* N . 26, “Calles o la decisión”, septiembre-diciembre, (1997) armado por Jean Meyer.

¹⁰ Hace unos años el profesor (y ministro) Rocco Butiglione, amigo de Juan Pablo II y el nuncio Mullor (en México) intervinieron a mi favor y se toparon con el límite presentemente vigente. De 1922.

Pecado por Omisión

El tema de mi tesis era *la Cristiada*, la guerra de los cristeros; sin embargo, para entenderla, estudié el conflicto secular entre la Iglesia y el Estado. Debí haber realizado semejante extensión para los católicos que no lucharon con las armas en la mano; bien intenté el estudio del anticlericalismo¹¹ y del agrarismo armado (campesinos católicos o no) contra los cristeros. Pero para las regiones del país, el Norte y el Sureste, que no participaron en la insurgencia, me contenté con vagas afirmaciones pseudosociológicas que hice mías. Así, por ejemplo, de la clásica afirmación de José Vasconcelos según la cual el Norte de México es "pocho", demasiado aculturado por los Estados Unidos y el protestantismo yanqui, o de que México termina en el istmo de Tehuantepec y que el Sureste nunca había sido realmente evangelizado.

Un grupo de jóvenes historiadores de Chihuahua me abrió cortésmente los ojos al comunicarme el resultado de varias investigaciones. Tuve que hacer mi "mea culpa"¹² y rectificar: la ausencia de Chihuahua y del Norte, en general, no se debe, como lo afirmé a la ligera, al hecho de que no era católico, sino a la existencia de un catolicismo moderno, organizado en asociaciones movilizadas para la lucha cívica, capaz de "perforar" el Congreso y el gobierno local con diputados "revolucionarios" pero católicos de hecho que pudieron pactar con el obispo local la no aplicación discreta de la ley Calles.

Eso explica que Chihuahua, quien tenía preparado un fuerte movimiento armado apoyado por antiguos villistas, no se haya levantado: después del pacto logrado con el gobernador, el obispo prohibió, bajo amenaza de excomunión, la lucha armada. Sonora, Coahuila, San Luis, Nuevo León tuvieron una historia semejante.

En cuanto a Veracruz, Tabasco y Chiapas,¹³ cometí el mismo error y tuve que hacer el mismo "mea culpa", especialmente para los años treinta de la "Segunda" (cristiada) y las movilizaciones espectaculares de masas católicas que condujeron a la reapertura de los templos. Señalo, como botón de muestra, el diálogo en presencia del ejército y de la masa católica entre el gobernador de Veracruz Miguel Alemán y un joven estudiante desconocido llamado Maciel, el futuro fundador de los Legionarios de Cristo. Demasiado preocupado por mis cristeros, había perdido de vista regiones enteras del país y grandes sectores de la sociedad: los habitantes de la ciudad de México, los numerosos católicos opuestos a la violencia y capaces, en los años treinta, de lograr importantes victorias. Miopía del investigador que se acerca demasiado a su tema...

¹¹ "El anticlericalismo revolucionario: un ensayo de empatía histórica", en R. Ávila ed. *Las formas y las políticas del dominio agrario. Homenaje a F. Chevalier*. México, CEMCA/ U. de Guadalajara 1993: 284-306.

¹² "El conflicto religioso en Chihuahua", en *Actas del III Congreso Internacional de Historia Regional*, Universidad de Ciudad Juárez, 1993: 356-366.

¹³ Julio Ríos. *La Iglesia en Chiapas*, México, INHERM, 2002 con prefacio de Jean Meyer.

II. Controversia

Tardó en surgir. El libro fue recibido por un silencio atronador; en México hubo una sola reseña, en *Cuadernos Americanos*, intitulada “muchas narrativa, poca historia”. Y ya. En los mismos años el *Zapata* de mi amigo John Womack Jr. provocaba un estruendoso aplauso, comparable a la ovación unánime que recibiría diez, trece años después el gran libro de F. X. Guerra (1942-2002) *Del Antiguo Régimen a la Revolución*. El tema, la Cristiada, no sintonizaba con el tiempo, con el momento mexicano. El revisionismo, en el buen sentido de la palabra, si bien germinaba, aún no despuntaba. Don Silvio (Zavala) bien me lo había advertido en el otoño de 1965 cuando emprendía mi investigación: “Usted debería cambiar de tema, esa historia es demasiado reciente. Si en mi Yucatán natal aún es temprano estudiar la Guerra de Castas que ocurrió hace 120 años...”

Hay que hacer historia colonial”.¹⁴

Monseñor Darío Miranda, arzobispo de México que no tardaría en ser cardenal, me dijo lo mismo, por más que le presentara sendas cartas de recomendación de su amigo del Concilio Vaticano II, el fundador en Francia de la sociología religiosa, Le Doyen Gabriel Le Bras.

Ciertamente, en 1965, para el Estado y la Iglesia, los cristeros pertenecían a esa categoría universal de “los muertos que no duelen”, como los campesinos rusos a la hora soviética de la colectivización. Jean Meyer era el joven extranjero latoso y “metiche”, desagradable a las instituciones como a los colegas mayores algo semejante ocurrió cuando el estadounidense Alan Paxton publicó por los mismos años su *La Francia de Vichy* (1940-1944), hasta varios de los mejores historiadores franceses le reclamaron su impertinencia por ejemplo, Emmanuel Le Roy. Ladurie afirmó que “la ropa sucia se lava en casa”. Treinta años después, Paxton es una figura reconocida y querida en Francia... Cuestión de tiempo.

Tan era cuestión de tiempo que en 1981, el día 11 de agosto, el gobernador del Estado de Jalisco, Lic. Flavio Romero de Velasco, al inaugurar el Primer Encuentro de Investigación Jaliscience, dijo:

“En esa misma década de 1920 a 1930, Jalisco es escenario de varios movimientos de insurrección, pagando su tributo de muertes a la génesis de las estructuras revolucionarias. Una de esas conmociones rebasó el ámbito local por su acentuado populismo, fácil reclutamiento y dramática cuota de vidas. La magnitud de esa corriente inconformista dentro del cuadro nacional no se había calculado y tampoco sus consecuencias posteriores en el ámbito de la región, hasta hace unos ocho años, cuando el talento y la seriedad del historiador Jean Meyer, ubicó en toda su importancia la amplitud del episodio, su significado dentro de la época y los equívocos de quienes fueron responsables de una causa

¹⁴ En 1969, Don Silvio estimó que mi trabajo (en curso) era “parcial, malévolo, subversivo”. Testimonio de Pierre Vilar (3 de mayo, 1969).

tan sangrienta. En el mismo trabajo histórico, los contemporáneos encontramos la explicación de un escindimiento social cuyos últimos vestigios todavía prevalecen en algunas regiones de Jalisco. Aprovecho la coyuntura para agradecer a tan distinguido estudioso, el amor, la constancia que ha dedicado a nuestro suelo y en especial a la región de Los Altos, en su obra de particular interés para los estudiosos y para quienes hacen de la política una tarea constructiva. Ejemplo más ilustrativo entre los vínculos pragmáticos de la historia con la sociedad contemporánea no se puede encontrar".¹⁵

Para esa fecha el libro, defendido en México por Luis González, Rafael Segovia (*cum grano salis*), Andrés Lira, Antonio Alatorre, Enrique Florescano, Enrique Krauze, Héctor Aguilar, había recibido una buena acogida en la academia internacional; menciono en desorden a Donald J. Mabry, Charles Hale, John Womack Jr., David Brading, Paul Friedrich, Friedrich Katz, François Chevalier, Pierre Chaunu, Frédéric Mauro (pero muy mal recibido por Pierre Vilar), F. X. Guerra, Claude Morin, Hans Werner Tobler, Moises Alperovich, Tulio Halperín y Eric Hobsbawm.

La controversia académica fue escasa durante los primeros diez años que siguieron a la publicación del libro, con una sola y valiosa excepción, la del equipo dirigido por Andrés Fábregas y Gustavo del Castillo sobre el proyecto de CIS-INAH "Procesos políticos en los Altos de Jalisco". Simplificando en exceso, diré que su tesis era la siguiente: la Cristiada le sirvió a la oligarquía familiar pueblerina de los Altos, región amagada por la explosión demográfica y la consecuente crisis ecológica, para recuperar y consolidar posiciones perdidas o amenazadas por la revolución; para integrarse al sistema nacional, imponiéndose al Centro por su fuerza local. La Iglesia católica regional y la oligarquía se necesitaban y complementaban; la crisis entre la Iglesia nacional y el Estado les permitió manipular a las masas y provocar un levantamiento que estuvo en relación directa, en conexión inmediata con la crisis ecológica (erosión de los suelos, sobrepastoreo provocado por el exceso demográfico que engendra tanto la emigración a los Estados Unidos, como la insurgencia y el bandolerismo). Contesté en su tiempo.¹⁶

Andrés Fábregas y sus colegas antropólogos señalaron justamente la debilidad de mi trabajo y luego vinieron jóvenes y excelentes investigadores a seguir la pista así marcada. En la formulación de mi tesis —hay que recordar que "La Cristiada" fue una tesis doctoral— me fui demasiado lejos en el privilegio dado a la causalidad religiosa, mejor dicho al factor religioso para no meternos en el problema científico, filosófico, metafísico de las causas, una y múltiples. Creo no haber olvidado los factores socio-económicos, tampoco culturales, mentales, ideológicos, pero, no cabe duda, formulé de manera demasiado fuerte mi tesis, como un abogado y bien dice el dicho: "quien demasiado comprueba, nada

¹⁵ P. 5 del texto mecanografiado, en poder de J. M.

¹⁶ "Polémica de la Cristiada", *Nexos*, N 30, junio 1980: 9-13.

prueba”. Era una TESIS, pues, que tenía que ir contra la sabiduría político-académica del momento, en lo general como en lo particular.

El marxismo y el economicismo imperantes insistían en los factores económicos (en este caso, en un país rural en su gran mayoría, la propiedad de la tierra), en la “idiotez de la vida rural” (los campesinos no pueden actuar, son manipulados siempre, para bien y para mal), y la religión, la que si no es opio es velo ideológico, elemento de manipulación y factor de enajenación. *Ergo*, los cristeros son pobres diablos o malvados, manipulados por el cura y el hacendado, funcionan como “guardia blanca”, son fascistas, requetés, carlistas, *kulaki*, etc... en el mejor de los casos, bandidos sociales al estilo *cangaceiros*.

En mi diálogo con el grupo de Andrés Fábregas y en mis discusiones ulteriores con Servando Ortoll (a partir de 1982), Robert Shadow y Mathew Butler (2003) aprendí mucho y he podido matizar mi “tesis”. Me dieron la oportunidad de subrayar algo que había escrito, pero que pudo haberse perdido en mi discurso general y larguísimo: el problema de la *NO* participación en la Cristiada de ciertas regiones, de ciertos pueblos, de ciertas gentes. El capítulo que les había dedicado a los agraristas en mi tesis, así como los párrafos sobre los hacendados y los caciques ya tocaban ese tema. Esas tres categorías, a falta de poder mantenerse neutrales como hubieran gustado muchas veces, tuvieron que irse del lado de un gobierno del cual dependían o de quien eran socios y aliados (momentáneos o no). Precisamente porque el Estado no permitía la neutralidad, el país basculó en la guerra civil. Se entremezclan dos problemas: primero hay que distinguir entre querer y poder levantarse en armas (y recordar, tema olvidado por mí, que muchos católicos, para nada de acuerdo con el gobierno, se negaron a recurrir a las armas, por diversas razones pero, también, por razones religiosas: no matarás).

Segundo: hay una variedad enorme de situaciones; en regla general, las comunidades pueblerinas homogéneas optan masivamente, a favor o en contra, mientras que las comunidades heterogéneas caen en otra guerra, intestina, entre facciones y fracciones locales.

Así que no participo en la vieja e inconclusa discusión entre “materialistas” y “mentalistas”, en cuanto a la explicación de la Cristiada. No pretendo, y si lo hice alguna vez, pido perdón, ofrecer una explicación EXCLUSIVA en términos de motivaciones religiosas, no pretendo que hay un sólo motivo, el religioso. Insistí, sigo insistiendo: el factor religioso fue la gota que derramó el vaso, la chispa en el barril de pólvora y lo que sí explica es la participación tan grande, en el espacio y en la sociedad de tantos grupos distintos, diferentes, a veces separados por la raza, la clase, la economía o la cultura: ciudad y campo, indios, ladinos y criollos, zapatistas y antizapatistas, Morelos y Guerrero, villistas y defensas sociales antivillistas de Durango, Zacatecas, Michoacán, Chihuahua, etc... Del factor religioso como el más pequeño denominador común.

Y luego viene la terrible lógica simplificadora de la guerra que levanta inicialmente unos convencidos y luego los afectados en sus bienes, los que reaccionan contra un invasor, los bandidos y los aventureros que aprovechan la oportunidad, todos los que por culpa de la guerra han perdido algo o alguien y aquellos son más y más numerosos, mientras más se prolonga la guerra. Son los que el difunto general ruso Alejandro Lebed llamaba "los lobos" para llegar a la conclusión de que ellos terminan formando la mayoría de los levantados y que "ningún ejército en el mundo tiene posibilidad de vencer a esa gente".¹⁷

Desde 1980 he tenido varios interlocutores; todos han hecho contribuciones notables al conocimiento del tema y, por lo tanto, a la crítica de mi obra. Para no alargarme demasiado me limitaré a tres: Ramón Jrade,¹⁸ Robert Shadow en compañía de María Rodríguez-Shadow y, muy reciente y brillantemente, Mathew Butler. En un marco estrechamente regional —es la mejor manera de señalar las ausencias, debilidades y falacias de mi tesis— Jrade dice lo siguiente:

"La tendencia dominante en los estudios sobre la insurrección cristera ha sido proceder directamente del conflicto Iglesia-Estado a los supuestos móviles de los rebeldes rurales y, por consiguiente, ver a los levantamientos como un fenómeno religioso. El presente estudio rompe con esta interpretación y examina, desde una perspectiva sociológica, un tema que lógicamente debía pertenecer a la literatura Iglesia-Estado pero que, en la actualidad, ha sido completamente soslayado, es decir, el lugar de la parroquia en la comunidad rural. Tomando como punto de arranque las variaciones en las lealtades partidarias en el estado de Jalisco, identificadas por ambos lados de la contienda como el frente principal de la causa cristera, este estudio demuestra que la organización parroquial constituyó un eslabón importante entre los contextos agrarios y los conflictos políticos que originaron los levantamientos en algunas partes del campo. Los contextos agrarios, la organización parroquial y los conflictos políticos fueron diferentes en las partes del campo que apoyaron al gobierno revolucionario.

Las condiciones socio-económicas y los conflictos sociales, por lo tanto, están vinculados a la movilización de los campesinos en apoyo o en oposición a la causa cristera. El análisis anterior lleva a dos conclusiones principales:

Primera: la creación acelerada de parroquias rurales, junto con la delimitación de vicarías foráneas, representó ajustes estratégicos por parte de las autoridades eclesásticas para promover marcos organizativos autónomos y un liderazgo religioso efectivo en comunidades rurales, protegidas de la penetración de fuerzas de mercado y otras redes sociales de gran escala. Sus efectos fueron más fuertes en la región principal de apoyo cristero. Los Altos, y su centro clave, el municipio alteño de Tepatitlán.

¹⁷ 11 de agosto de 1996, conferencia de prensa a la hora de firmar los arreglos con los insurgentes chechenos. Lebed hablaba de los combatientes de Afganistán y Chechenia. (*Moskovskie Novosti*)

¹⁸ Ramón Jrade. *Counterrevolution in México: The Cristero Movement in Sociological and Historical Perspective*. Ph. D., Brown University, 1980; "Inquiries into the Cristero Insurrection Against the Mexican Revolution", en *Latin American Research Review*, XX: 2 (1985): 53-67; "La organización de la Iglesia a nivel local y el desafío de los levantamientos cristeros al poder del Estado revolucionario", en *Estudios del Hombre*, N 1, noviembre, 1994, Universidad de Guadalajara: 65-80.

Segunda: las variaciones en la organización social de la parroquia y en la posición intermediaria del clero parroquial correspondieron a las ocurridas en la estructura social agraria. El carácter central de la parroquia y el liderazgo extensivo del clero en los municipios cristeros de Los Altos Central y el Valle fueron asociados con la relativa protección, por parte de estas comunidades rurales, de las fuerzas de mercado y la preservación consecuente de arreglos de producción agrícola, que dejaron a los campesinos el control efectivo de la tierra. En contraste, el lugar periférico de la parroquia y la posición restringida y precaria del clero en los municipios revolucionarios del Valle estuvieron relacionados con la comercialización de la tierra y la proletarización de los campesinos desde principios del siglo, fuerzas que abrieron el camino a la subordinación de algunos capellanes de hacienda, la amenaza de grupos protestantes y, finalmente, al reto de los campesinos sin tierra. La excepción a este patrón fue el municipio revolucionario de Los Altos Central, donde el omnímodo poder del cacique sobre esta comunidad campesina relativamente aislada, eclipsaba a la parroquia y relegaba al clero a su propia esfera especializada.

Así, el intento sistemático del Estado revolucionario de desligar al clero de los asuntos de la comunidad tuvo un impacto diferente sobre las comunidades que más tarde se volvieron cristeras y aquéllas que apoyaron a las autoridades políticas establecidas. En las comunidades cristeras la reglamentación civil de las parroquias llevó a un grado crítico más amplio las drásticas dislocaciones en relaciones de clase y los arreglos del poder local, puestas ya en camino por la expropiación de las haciendas y el apoderamiento de gobiernos municipales. Los esfuerzos por aplicar las disposiciones constitucionales relacionadas con la Iglesia constituyeron una ofensiva en masa contra las bases profundamente arraigadas de la organización comunitaria rural. Como centros de la vida local, las parroquias de las comunidades que se unieron a la lucha cristera se convirtieron en el foco principal de oposición al poder del Estado y proveyeron el marco fundamental para la acción rural colectiva en defensa de intereses comunes y en contra de las autoridades revolucionarias locales”.

En su tesis Jrade, como Salvador Rueda en la suya sobre el pueblo de Cañadas en los Altos de Jalisco, estudia un pueblo que no fue cristero (Ameca) en forma de contraprueba para saber (si es que se puede: don José Miranda me decía que no) por qué un pueblo se levanta y el pueblo vecino no lo hace. Critica lo que considera mi reducción de la Cristiada a la “mystical adventure of rural saints” de un pueblo víctima de las dos potencias (Iglesia y Estado) y de sus conflictos; critica mi supuesta “explicación” del levantamiento por su raíz religiosa: “The work carries to an ultimate extreme the interpretation of the Cristero phenomenon on the basis of religiosity”. Critica también el empleo de los testimonios orales (entrevistas y de los cuestionarios (escritos) que “could lead only to predetermined conclusions”. Finalmente Jrade acepta que mi libro “has underscored the grass roots character of the insurrection and thereby transformed the rural rebels into a legitimate subject for study”. Gracias. De veras.

Robert Shadow y María Rodríguez¹⁹ presentan también un contraejemplo monográfico, también en Jalisco, pero su trabajo me resulta más favorable:

"Hace dos lustros, Jean Meyer cuestionó la idea —hasta la fecha muy difundida— de que la Cristiada representó un movimiento rural "reaccionario", cualitativamente diferente del movimiento "progresista-revolucionario" de los zapatistas. Si aceptamos las interpretaciones de Eric Wolf y Semo de que la Revolución Mexicana estalló debido a las tensiones acumuladas y a las contradicciones generadas por la expansión del mercado, por el desarrollo de un nuevo orden cultural, basado en el liberalismo socioeconómico y por una lógica y práctica capitalista que erosionaba las formas sociales del mundo rural tradicional, y si aceptamos que la Cristiada también representó una reacción y rechazo masivo de este sistema por parte de la gente del campo, las ideas de Meyer se revelan acertadas. Los factores específicos que movilizaban a los zapatistas eran distintos a los de los cristeros. Los zapatistas, ubicados en una de las áreas económicas clave de la economía mexicana, respondían, en gran parte y más enérgicamente, a cuestiones agrarias: la pérdida de sus tierras comunales frente a las voraces haciendas azucareras. Los cristeros, en cambio, menos perjudicados por las transformaciones económicas del porfiriato, no se levantaron en contra del nuevo sistema hasta su reordenamiento y expansión bajo el régimen posrevolucionario, y su rebeldía estaba fundamentada en el rechazo a las pretensiones dominadoras, hegemónicas, racionalistas y seculares del Estado. De la misma forma en que los estudios revisionistas han llamado la atención sobre las continuidades entre los regímenes pre y posrevolucionarios, entre el Estado capitalista temprano y el moderno, existió más continuidad y *cercanía entre estos dos movimientos rurales de lo que se creyó*. Al igual que el zapatismo, el levantamiento cristero fue un movimiento *popular autónomo* derivado del campo, que expresaba los resentimientos y agravios de importantes sectores del pueblo ante las políticas modernizadoras. Los cristeros se nutren de las mismas corrientes contestatarias y de resistencia al poder central que alimentaban al campesinado mexicano zapatista. Los cristeros retomaron el coraje rural aplacado por los constitucionalistas y por la derrota del zapatismo, y lo canalizan en un nuevo movimiento político fomentado por la percepción —muy difundida por zapatistas y el campesinado en general— de que los nuevos líderes los habían decepcionado y traicionado.

En fin, parece que la descalificada imagen que tienen los cristeros como "atrasados" y "reaccionarios" en comparación con los zapatistas, se debe, en parte, al hecho de que éstos hicieron la guerra al derrotado porfiriato, mientras que los cristeros lucharon contra el régimen de los norteros que asumió el poder e impuso su definición y objetivos al proyecto "revolucionario". Pero tanto zapatistas como cristeros respondieron a su modo a la implantación del sistema moderno: los primeros, ante los despojos económicos del liberalismo, los segundos, por los proyectos sociales de éste. Juntos, zapatistas y cristeros delimitaron el principio y el fin de la fase armada de la revolución mexicana y la participación autónoma de los campesinos en ella. Y ambos fracasaron en su intento de preservar su autarquía y sus estilos tradicionales de vida. En este sentido se justifica la observación de Meyer: "Villa, Zapata y los cristeros son la misma cosa" dicen los callistas.

Como último rechazo masivo al capitalismo liberal, la Cristiada —y aquí nos referimos al movimiento popular rural y no a la facción urbana cristera que se

¹⁹ "Religión, Economía y Política en la Rebelión Cristera: el caso de los gobernistas de Villa Guerrero, Jalisco" en *Historia Mexicana*, XLIII: 4, 1994: 657-699.

aglutinaba dentro de la Liga— pertenece a esa clase de movimientos sociales conservadores, etiquetados como antimodernos, en el sentido de que son propiciados por hombres y mujeres que anhelaban más la certeza y la seguridad de la tradición que las promesas de un futuro revolucionario. Su proyecto no era sino *defender las instituciones ancestrales*. Los cristeros depusieron sus armas no porque fueron derrotados ni porque habían tomado el Palacio Nacional, sino porque se acordó reabrir las iglesias, extender amnistías a los combatientes y despenalizar las prácticas religiosas. Eric Hobsbawm ha llamado la atención sobre este tipo de movimientos, llamándolos “arcaicos y primitivos” debido a que son transitorios y suelen desaparecer en el momento que se desarrollan formas modernas de organización como sindicatos, centrales y ligas campesinas y partidos políticos. No es nuestro intento en este momento examinar a fondo la posible aplicación de las sugerentes ideas de Hobsbawm a la Cristiada, pero vale precisar que es evidente que ciertos elementos considerados típicos de estos movimientos, tales como sus modos irracionales de organización, así como su incapacidad de presentar un desafío serio al poder del Estado, no son relevantes para el caso de la Cristiada”²⁰

Aceptando las críticas de Jade y el apoyo de los Shadow, reitero: el factor religioso es insuficiente, pero no necesariamente equivocado para explicar por sí mismo la participación en la Cristiada. Lo que no explica, es la NO participación. Condición necesaria, pero no suficiente, pues. Coincido con Ramón Jade cuando dice que todo depende de las condiciones locales, ligadas al impacto divergente de la consolidación del poder revolucionario sobre formas específicas de organización rural. No deja de ser interesante que tanto el cacique tradicional, como el revolucionario (el agrarista) se encontraron en el bando del gobierno: “sus intereses materiales estaban mejor servidos defendiendo al gobierno que apoyando a los cristeros”.²¹ Los Shadow dicen también que “resulta paradójico que Jean Meyer, quien es visto como partidario de la tesis religiosa, demuestra con lujo de detalle y de manera magistral este punto: que la Iglesia representaba y promulgaba un amplio e independiente proyecto social que chocaba con el diseño que el Estado renovador capitalista deseaba implantar”.²²

Mathew Butler²³ efectúa también un estudio local y compara como los Shadow y como Jade, un municipio cristero y un municipio que no lo fue. En sus conclusiones, se encuentra a medio camino entre Jade y Shadow, pero la gran novedad de su tesis de doctorado es su incursión en el campo de la sociología religiosa a partir de los archivos parroquiales y diocesanos, fuente que nadie, mucho menos yo, había podido o pensado utilizar.

²⁰ *Idem*: 694-6.

²¹ *Idem*: 665.

²² *Idem*: 671

²³ Correspondencia con Jean Meyer desde 1997. “The “liberal” Cristero: Ladislao Molina and the Cristero Rebellion in Michoacán”, en *Journal of Latin American Studies*, 31 (1999): 641-671; *Devotion and Indifference in Religious Revolt: the Cristero Rebellion in East Michoacán*. Tesis de doctorado en Historia, Bristol University, 2000. “Cristeros y agraristas en Jalisco, una nueva aportación a la historiografía cristera”, en *Historia Mexicana*, LII: 2, 2002: 493-529.

En su artículo sobre Ladislao Molina, un cristero atípico como bien lo define, concluye:

"En contraste, la imagen que surge es la de oportunismo, clientelismo, búsqueda de su interés, rasgos que podemos encontrar en cualquier levantamiento a gran escala, sin que lo definan forzosamente. Esos casos iluminan la complejidad local, hasta ahora inexplorada, de la Cristiada, la multiplicidad de motivaciones, metas, tipos de reclutamiento. Así como hubo muchas revoluciones, hubo muchas Cristiadas, según, entre otras cosas, la historia agraria local, las identidades parroquiales, los talentos de los líderes cristeros y el éxito con el cual los cuadros revolucionarios movilizaron a su favor o en su contra a los pobres del campo. De manera más específica, Molina muestra que la rebelión cristera, lejos de ser sólo un choque llano de mentalidades y culturas provocado por una élite "moderna", fue también la oportunidad para los intereses personales y políticos de aprovechar la confusión de una extática *imitatio Christi*".²⁴ Enteramente de acuerdo.

En su último artículo, concluye:

"De hecho, aunque no observamos los mismos procesos en Jalisco y Michoacán, la dinámica global es algo parecida. Fue la relación local entre la religión y lo mundano, entre las creencias y los intereses, lo que condicionó la participación popular en el movimiento cristero. El agrarismo era fuerte donde la comunidad tenía no sólo hambre de tierras (¿no la tienen todos los pueblos?), sino libertad moral para pedir las al Estado porque la esfera pública se laicizó y la influencia extrarreligiosa del clero se redujo. En ese caso existió un motivo económico y un espacio ideológico para buscar el apoyo material del Estado. A diferencia, hubo muchos cristeros donde la Iglesia rigió a toda la sociedad y existió otra mentalidad religiosa más uniforme; en ese caso, recibir tierras del Estado fue moralmente inaceptable, y por consiguiente, desde 1926, el pueblo se encontró más libre de alzarse contra un gobierno perseguidor con el que no estaba materialmente comprometido, ni ideológicamente vinculado. En Michoacán, al igual que en Jalisco, en fin, no se trata de avanzar una explicación meramente estructural de la Cristiada, como tampoco se trata de argüir, de manera idealista, que las identidades políticas de los actores populares fueron completamente autónomas. Lo esencial, para entender la experiencia local de la Cristiada, es integrar estas líneas de análisis y explorar a fondo la interacción entre ambas, es decir, vincular el conflicto ideológico entre la Iglesia y el Estado, y entre ambos bandos campesinos, con los conflictos sociales y procesos agrarios locales. Y aunque las posturas políticas populares de la época tuvieron sus raíces lejanas en movimientos estructurales anteriores, queda igualmente claro que esto no nos obliga a negar que eran posturas "vivas" de manera auténtica entre 1926-1929".²⁵

Otra vez: de acuerdo.

En resumen ¿cuáles fueron mis falacias? Para derrotar a las falacias anteriores, empezando por la de la inexistencia o de la nula importancia de la

²⁴ M. Butler. Ladislao Molina... art. Cit: 670-671.

²⁵ M. Butler. Una aportación...: 525-526.

Cristiada, caí en las mías. La primera: a fuerza de subrayar la naturaleza popular del movimiento, se le ha visto como algo exclusivamente campesino, olvidando a las clases medias urbanas y también a las clases bajas, lo mismo que ciertos sectores de la élite urbana, en particular a las mujeres. Así llegué a ser “este francés que no quiere a la Liga”, y, cosa más grave, que no vio a los católicos partidarios de la lucha civil.

La segunda: por las mismas razones, y contra la teoría del complot (Roma aliada a Wall Street y en especial a las compañías petroleras, y también a los hacendados, contra la reforma agraria), exageré la espontaneidad de las masas. Di a la vez el material y los argumentos para rebatir esa falacia: la ofensiva “social” de la Iglesia, los sindicatos católicos, la ACJM, la Unión Popular, la Liga, los obispos, el clero como freno, obstáculo y estímulo.

La tercera: exageré la autonomía del movimiento armado. Ver la segunda.

La cuarta: haber insistido tanto sobre el factor religioso que muchos lectores pensaron que para mí era *LA* causa, única o casi única del levantamiento. Por más que haya hablado de las metas políticas del PCN, de la ACJM, de la Liga y de las historias anteriores (agraria en particular) de las personas, de los actores colectivos y de las regiones.

La quinta: no haber estudiado las regiones *NO* cristeras, los católicos no cristeros, quedándome con lugares comunes y generalidades alusivas.

Dicho esto, mantengo que no fue la Cristiada un movimiento fundamentalmente agrario, sea para lograr el reparto, sea para impedirlo. Tampoco fue un movimiento fundamentalmente político, tipo Partido Católico Nacional o Unión Nacional Sinarquista. Mantengo que fue un movimiento masivo, popular en su mayoría, nacional en su extensión y no regional; que fue —y entró en el campo peligroso de los juicios de valor— una reacción de legítima defensa de un pueblo que se sintió agredido por sus autoridades. Bien lo dijo Luis González en su inimitable estilo: “para los pueblos, la Iglesia es la madre y el Estado el padre; pues bien, en 1926, los hijos (los pueblos) vieron al padre borracho golpear a la madre: se indignaron”.

Y es que en esa crisis, los dirigentes políticos y eclesiásticos perdieron el contacto con la realidad. El poder revolucionario compensaba sus frustraciones, su impaciencia, la resistencia de la realidad con un delirio ideológico, el cual, némesis de todas las revoluciones, desembocó sobre la violencia curiosamente a la misma hora, o casi, primero contra los yaquis, después contra los católicos. La cristiada fue entonces la última reacción de una población exasperada, desesperada después de una larga espera.

La Cristiada no era inevitable, no tenía nada de fatal. Según me lo comentó, en casa de doña Hortensia Calles, el general Miguel Aranda Díaz, bien pudo evitarse; el general Cedillo, de quien era el entonces secretario particular, tenía la convicción de que sin el radicalismo de un pequeño grupo dirigente, tanto del lado del gobierno, como en el campo católico, no habría sucedido ningún levantamiento armado.

De las críticas a mi trabajo y de mi autocrítica, lo único que sé absolutamente es que no sé lo suficiente, que hay muchas cristiadas y muchas explicaciones variables de ellas; distintas combinaciones dispersas en un territorio inmenso que acaban por engendrar un conjunto que se llama la Cristiada. Si bien uno puede presentar una visión de conjunto, debe renunciar a la explicación única, a la explicación de conjunto.

III. EL PASO DEL TIEMPO

En 1964 el autor tenía 22 años y la Cristiada era un tema tabú que unía Estado e Iglesia contra el investigador irresponsable que, pensaban ellos, soplaba sobre el rescoldo de una terrible guerra civil. El arzobispo Darío Miranda, el secretario de la Defensa, don Marcelino (García Barragán), el historiador Silvio Zavala pensaban lo mismo y los archivos quedaron cerrados. Y en julio de 1969 tuve que salir prontamente del país, lo que me ganó aprecio y amistades inmerecidas y también de entrar al CNRS de Francia, después de una sesión extraordinaria de verano, dedicada a encontrar una plaza a tres "refugiados políticos", un judío polaco (a la hora antisemita del general Mocztar), un futuro presidente de Brasil y un servidor.

Mi salida se debía a un artículo publicado en mayo de 1969 en la revista *Esprit*, sobre el movimiento estudiantil en América Latina, un año después del Mayo 68 francés. Unas líneas dedicadas a la matanza de Tlatelolco llamaron la atención de nuestra embajada en París, la cual señaló el caso a Gobernación, quien, a su vez, aplicó el artículo 33 al extranjero indeseable, con interdicción de volver a México.

Los antiguos cristeros que había entrevistado entre 1965 y 1969 encontraron inmediatamente su explicación: el Gobierno —de quien nadie conoce la madre, como bien dice un personaje de Juan Rulfo— castigaba así quien se atrevía a luchar para poner fin a la "conspiración del silencio", conspiración estado-clerical, que pesaba como una lápida sobre la memoria cristera. Por eso, unos años más tarde, poco después de la publicación de mi libro, los sobrevivientes reunidos en el Cubilete, el 3 de noviembre de 1974, firmaron una carta emocionante para quien la recibió:

¡VIVA CRISTO REY
VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!
¡VIVA EL PAPA!

Montaña de Cristo Rey, Gto., a tr
días del mes de noviembre de 1974

Sr. Prof. Jean Meyer
08 rue du vélodrome
06000 Perpignan, Francia.

Muy estimado Profesor y compañero:

Reunidos una vez más, por favor especialísimo de nuestros Soberanos Jefes, Cristo Rey y Santa María de Guadalupe, en este lugar sagrado, un grupo - más o menos numeroso - de los supervivientes del glorioso Ejército Cristero, acompañados de nuestros familiares, amigos y simpatizadores de aquella causa, con el fin de rendir nuestras invictas banderas, nuestros cuerpos y almas ante la majestad del Rey y la Reina de México, como lo hemos hecho en el Sacrificio Eucarístico concelebrado por el Excmo. Señor Arzobispo Don Javier Nuño, el M.I. Señor Canónigo Don Ramón Pérez Viramontes y cinco sacerdotes más, hemos decidido dirigirnos a usted colectivamente enviándole desde este lugar nuestro fraternal saludo, ya que no nos fue dado, como en años anteriores, tenerlo entre nosotros, y manifestarle que creemos llegado el día

de elevar a nuestros Divinos Jefes, Cristo Rey y Santa María de Guadalupe, la más rendida y solemne acción de gracias por la magnífica obra llevada a feliz término por medio de usted, "LA CRISTIADA", pues por ella se rompió el silencio de cuarenta años y se dio a conocer al mundo lo que en México pasó, por ella entró a la historia la defensa armada de los cristeros y se les hizo justicia, por ella y en ella pueden ya las generaciones presentes y futuras conocer y admirar, siquiera en parte, lo hecho por Ellos, nuestros Divinos Jefes, en favor de México durante los años cruciales de su historia, y la forma en que, con el auxilio divino, se esforzó México por corresponder a ese incalculable amor de predilección, dando gustoso su sangre;

"Vuestros padres y vuestros hermanos fueron víctimas de persecución, y para defender la fe se enfrentaron sin vacilar hasta con la muerte misma. ¡Vive Cristo Rey! ¡Vive la Virgen de Guadalupe! he aquí las condiciones de la iglesia y de la religión en vuestro patria han mejorado notablemente, demostrando que no fueron inútiles aquella invocación y aquella firmeza".
Pío XII (Radio-mensaje, 12 Octubre de 1945).

¡VIVA CRISTO REY!
¡VIVA LA VIRGEN DE GUADALUPE!
¡VIVA EL PAPA!

"Vuestros padres y vuestros hermanos fueron víctimas de persecución, y para defender la fe se enfrentaron sin vacilar hasta con la muerte misma, al doble grito de ¡Vive Cristo Rey! ¡Vive la Virgen de Guadalupe! he aquí las condiciones de la iglesia y de la religión en vuestra patria han mejorado notablemente, demostrando que no fueron inútiles aquella invocación y aquella firmeza".
PIO XII (Radio-mensaje, 12 Octubre de 1943).

de consignar la expresión solemne de nuestro más profundo reconocimiento a usted, sintiendo muy de veras que nuestra pobreza y aún miseria, no nos permita ofrecerle algo más, pero estamos seguros de que nuestro Rey y nuestra Reina pueden y quieren suplirnos; por lo que les pedimos humildemente que llenen a usted de sus bendiciones, y ellos mismos sean su premio imponderable en el Reino de los Cielos.

De usted afectísimos compañeros y hermanos.

Francisco Javier Nudo
Francisco Javier Nudo, Arzobispo-
Obispo de S. Juan de los Lagos.

Ramón Pérez Viramontes
Ramón Pérez Viramontes,
Canónigo.

Nicolás Valdés
Pbro. Nicolás Valdés.

José Gutiérrez
José Gutiérrez Gutiérrez.

Luis Beltrán y Mendoza - *Salvador Casas*
Luis Beltrán y Mendoza. Pbro. Salvador Casas

Efraim Quetzada Ibarra - *Salvador Mangual*
Efraim Quetzada Ibarra. Salvador Mangual

José Vargas
Agustín Martínez de la Torre
José Vargas
Agustín Martínez de la Torre

“De usted afectísimos compañeros y hermanos”. (Sigue medio centenar de firmas).

La investigación se llevó a cabo en México entre 1965 y 1969, la tesis se escribió en París entre 1969 y 1972, se publicó en México a partir de 1973 para reeditarse constantemente hasta la fecha. En 1973, sobre la marcha, había publicado en París *La révolution mexicaine*, sobre las instancias de François Chevalier. Ambos libros fueron escritos en un momento muy especial, al calor de acontecimientos trágicos: había llegado a México a la hora de la guerrilla abortada y masacrada de Chihuahua (Ciudad Madero); la matanza perpetrada contra Jaramillo y su familia era muy reciente, la guerrilla empezaba en América Latina, Regis Debray escribía *Revolución en la Revolución* y el Che, después de su fracaso congolés, moría en Bolivia. Luego vino el 68, el movimiento estudiantil, 2 de octubre, Tlatelolco, el jueves de Corpus, La Liga 23 de Septiembre, Genaro Vázquez, Lucio Cabañas... para esa fecha ya había publicado, pero todo lo ocurrido en el mundo y en México entre 1960 (la fiesta cubana, la Revolución...) y 1972, afectó mi escritura.

Alguna vez Alan Knight dijo que mi *Revolución Mexicana*, si bien es una “excelente y auténtica síntesis”, “consiste en generalizar un caso particular ya afirmando osadamente, ya sugiriendo tácitamente su tipismo para todo o casi todo México. Me parece que esto es lo que a veces hace Jean Meyer, si bien lo hace con gran fuerza y brío: es decir, en la experiencia centroccidental de la Cristiada subyace su interpretación cabal del Estado callista y, por extensión, de la Revolución mexicana en su totalidad. Por supuesto este proceso de generalización tácita y cada vez más amplia no quiere decir que Meyer descuide contrastes y afirme escuetamente el tipismo neto de la Cristiada (es demasiado buen historiador para hacer eso); pero el efecto es suficientemente marcado como para llamar a la Revolución de Meyer una revolución vista a través del vidrio de color cristero y, por tanto, fuertemente matizada”.²⁶

A una recopilación de testimonios, le puse como título *Coraje Cristero*, citando así al cristero Aurelio Acevedo; *La Cristiada y Revolución Mexicana*, escritas al mismo tiempo, vividas y sentidas al mismo tiempo, bien podrían llamarse *Coraje de un historiador*. En 1969 vi la película *Espartaco* de Stanley Kubrick en una sala de Tlatelolco; al final, después de la derrota de los insurgentes, la cámara vuela sobre los cadáveres amontonados. De repente en la sala, alguien gritó: “¡Dos de octubre; Recordemos!”. Al escribir, Jean Meyer estaba recordando y confundiendo los años 20 y el tiempo presente, los muertos y los muertos, el Estado y el Estado, y el coraje le inspiraba algo como *El Libro Negro de la Revolución Mexicana*. Una revolución que estimaba, como muchos, “traicionada”, puesto que seguía creyendo, por muy poco tiempo, hay que decirlo, en la deseable bondad de la Revolución con R alta.

²⁶ “Interpretaciones recientes de la Revolución mexicana”, en *Secuencia* (1989) N . 13:27.

Encontré un editor en México —cosa sorprendente— precisamente porque compartía mis emociones. Arnoldo Orfila, genial director del Fondo de Cultura, había sido destituido por el presidente Díaz Ordaz en esos mismos años, oficialmente porque pretendía publicar a Marx, de hecho porque se había atrevido a publicar *Los Hijos de Sánchez* de Oscar Lewis (¡un insulto para México, el paredón para Lewis! pedía la Sociedad de Geografía y Estadística, encabezada por el expresidente Portes Gil, él de los Arreglos de 1929 entre la Iglesia y el Estado. ¡Fuera Orfila el rojo argentino, el argentino pernicioso que muerde la mano que le da de comer!). Orfila fundó entonces la editorial Siglo XXI con la ayuda de muchos escritores y artistas; Jean Meyer fue de los primeros (y pobres) accionistas. Sus cristeros resultaban parientes de los hijos de Sánchez; como hombre de izquierda el Doctor Orfila dudó un poco frente a esos católicos insurgentes, pero su olfato profesional lo decidió a dar el salto. Gracias, don Arnoldo.

2004: escribo esa autocrítica treinta años después de la primera edición completa en tres tomos rojos. La transición democrática empezó en México en los años 70 y culminó en las elecciones presidenciales del 2000. En 1979 el Papa vino por la primera vez y no dejó de volver hasta beatificar y luego canonizar una veintena de católicos, sacerdotes en su gran mayoría, que habían conocido el martirio durante el conflicto religioso. En 1991 la Constitución fue reformada para poner fin a la querrela y en 1992 se establecieron relaciones diplomáticas entre México y el Vaticano; 1993 año del TLC; 1994 levantamiento en Chiapas: el sub-comandante Marcos, el EZLN, el obispo Samuel Ruiz, ¿una nueva Cristiada?, pregunta la prensa.

Afuera, la perestroika y la implosión de la URSS como acontecimiento mayor; adentro las derrotas progresivas del PRI y los progresos del PRD y del PAN, hasta el año 2000 que vio mártires mexicanos en los altares y un presidente Fox admirador de los cristeros. El mismo presidente ordena abrir una investigación sobre la matanza de Tlatelolco. Fin de un ciclo.

El misterio melancólico del curso del río Tiempo... En los sesenta y los setenta, la Iglesia católica jamás mencionaba el conflicto en los seminarios, ni entre los jesuitas de Puente Grande, se nombraba a los cristeros. Ahora... Recuperación póstuma, explotación de los difuntos.

Con la caída del Muro de Berlín y de la Torre de Babel soviética, se perdió el miedo a ser acusado de revisionista o de anticomunista sistemático, se volvió moda hablar mal del PRI y la reforma agraria perdió sus encantos. Por lo mismo, los cristeros pasaron del estatus infamante de guardias blancas al de libertadores, anunciadores del EZLN, entre Zapata y don Samuel. En el marco internacional ocurrió lo mismo: los historiadores descubrieron de repente una serie de movimientos exreaccionarios: la Vandea y los Chuanes de la revolución francesa; en la historia soviética, Majno: rehabilitado; los rebeldes campesinos de Tambov: rehabilitados, los *kulaki* deportados: rehabilitados; y también en los países bálticos, en Ucrania, en el Cáucaso, en Asia Central, todos los

guerrilleros “blancos, fascistas, nazis, bandidos” de 1918 a 1950; la revolución húngara de 1956 dejó de ser una contrarrevolución y se vale hablar de la guerra del Escambray contra el gobierno de Fidel Castro, de la guerrilla de los Miskitos y de la Contra en Nicaragua... Esas guerrillas han dejado de ser marcadas con sello de la Reacción, ya no son criminales ni vergonzantes. Son. Punto.

Extraña experiencia para el historiador. Experiencia de la Historia en su marcha y en su escritura historiográfica. México vivió otros cambios, mayores si puede ser. Llegué a México justo cuando iba a dejar de ser un país rural, un país de campesinos. 55% de sus habitantes vivían del campo, hoy 25%, México tenía 5'000,000 y Guadalajara apenas 1'000,000 de habitantes. Me tocó vivir la gran revolución primero de las brechas, luego de las carreteras, de la electrificación y del transistor, luego de la tele y de los videos que mataron a los cines ambulantes manejados por gitanos (húngaros). Conocí los últimos días de un México viejo que murió con mis últimos informantes, agraristas y cristeros.

Mis estudiantes no pueden imaginar un mundo rural a 70, 80% sin luz, ni carreteras, ni medios masivos de comunicación, ni coches, ni aviones; un mundo de 6,000 pueblos y 18'000,000 de habitantes. No sabemos que era vivir en una microsociedad colectiva (para no decir “holista”) católica, con o sin su minoría anticlerical, pequeña pero decisiva y poderosa, como todas las minorías dirigentes.

No podemos dejar de ser los que somos y cuando interrogamos el pasado, lo hacemos con NUESTRAS preguntas, nuestras inquietudes, nuestros instrumentos, los de nuestro tiempo presente. Mi presente presente, 2004, no es mi presente de 1965-1969; aquel ya es pasado, es historia. En tales condiciones ¿cómo evitar el anacronismo?

En enero de 1994, cuando Marcos entró a San Cristóbal, cuando el mundo asombrado descubría en las pantallas “la rebelión de las Cañadas”, los M.M.C. me llamaron en seguida para preguntarme en forma afirmativa: “¿Es una nueva Cristiada, verdad? Otra vez el conflicto entre la Iglesia y el Estado”. Claro que no, contesté. Tenía razón, lo que no me impidió dedicar mi discurso de entrada a la Academia de Historia a una comparación entre el arzobispo Orozco de Guadalajara (1926) y su colega Samuel Ruiz (1994).

Sin embargo recordé que después de la matanza de Tlatelolco, conocí a un sobreviviente de la tragedia, militante de izquierda, algo maoísta si mal no recuerdo, obsesionado por la necesidad de organizar una revolución popular de masas en México. No tenía ninguna simpatía para mis cristeros y en este medio se burlaban amistosamente de mí, calificándome de “muzhik”, “narodnik”, etc... Pero lo que le contaba lo tenía fascinado y me pidió que lo llevara algún día a conocer ese México profundo. Un día fuimos a la Sierra Gorda. Indiferente a los sufrimientos vividos por esa gente (“¿Por qué llora la señora si colgaron a su esposo en 1929?”), sacó de esas 48 horas la conclusión siguiente: la religión

es un poderoso mecanismo para armar una rebelión popular; nos tocará después canalizarla en la buena dirección.

Pensé que era loco y me olvidé del asunto entre 1969 y 1994. Luego supe que había sido uno de los primeros radicales que buscaron al obispo Samuel Ruiz y que empezaron el paciente trabajo que culminó unos quince años después en el levantamiento del EZLN. Las energías socio-religiosas movilizadas por don Samuel y sus colaboradores fueron esenciales para el movimiento, al grado de que se le presta a don Samuel esa frase: "Ese tipo (Marcos) se subió al caballo que nosotros ensillamos".

En conclusión: ¿las causas?, ¿cuáles causas?

Uno de mis temas favoritos es la ambigüedad de todo, la inexistencia de la causa, la cuestión del punto de vista, no el subjetivo, sino el objetivo, el punto de vista del fotógrafo o del pintor que tiene un sin fin de puntos de vista (de horas, de luz) frente a un paisaje, una catedral, unas flores. El historiador se encuentra en la misma situación frente a la historia, frente a cualquier fragmento de historia, al más pequeño de los fragmentos, la historia de una sola persona, de un día de la vida de una persona.

Así que sugiero que nos olvidemos de la aporía de la causalidad en Historia: cada causa es consecuencia y tiene su causa; y también de la objetividad. Necesitaríamos de una transparencia perfecta de nosotros a nuestros propios ojos para lograr una historia objetiva. Como eso se antoja imposible, prefiero hablar de conocimiento histórico y nada más.

Sin la inalcanzable ego-historia, lúcido y completo autoanálisis, no podemos ni captar ni entender la existencia de nuestros propios juicios de valor. Para ser breve, ¿cómo es que un "hecho", considerado como irrelevante por un historiador, que un historiador de otro siglo, o de otra generación, considerado como irrelevante por un historiador, se transforma un buen día en "hecho" o historiador relevante, capital para un historiador que viene unos años después? A la distancia cambia el punto de vista.

La ambigüedad es otro aspecto de lo que no quiero llamar mi escepticismo, porque mal usamos esa palabra; los filósofos "escépticos" griegos y romanos no eran "escépticos" como lo entendemos nosotros; creían en la posibilidad de conocer, pero conocían sus límites y frente a cualquier cuestión, decían: "qué difícil, estoy embarazado". Es mi caso. "Sais que ne sais", repetía Montaigne después de Sextus Empiricus: Sé que no sé.

"After all the seeing and thinking –what the hell do I know–".

28 de enero MMIV, memoria de nuestro padre Efrem el Sirio para las iglesias orientales, San Pedro Nolasco para la iglesia romana.

Bibliografía

No dejé el tema en 1973; mejor dicho, el tema no me dejó. Edité varios manuscritos cristeros, tomando en cuenta el axioma de Derecho (que vale tanto para el historiador como para el juez): “audiatur et altera pars”, hay que escuchar la otra parte. Y es una manera de pagar mi deuda con mis informantes: ellos me hicieron doctor ¿no?

Libros

Apocalypse et Révolution au Mexique, París, 1974, Gallimard.
La Christiade: l'Etat et le peuple dans la révolution mexicaine. París, 1975, Payot.
The Cristero Rebellion. The Mexican People between Church and State. Cambridge, 1976.
Historia de la Revolución mexicana 1924-1929, México. (Tomos X y XI) Colegio de México, 1978.
Coraje Cristero. México, UAM, 1981. (Manuscritos cristeros)
Testimonio cristero. Memorias de don Ezequiel Mendoza. México, Jus, 1991.
El partido católico nacional. Por E. J. Correa, F.C.E. 1991, (prefacio y edición).
La Cristiada en Colima. Colima, Instituto Cultural, 1993.
Con Juan José Doñan. *Antología del cuento cristero*. Guadalajara, Estado de Jalisco, 1993.
*La Cristiada (en cuatro cuadernos fotográficos)*1. *El conflicto entre la Iglesia y el Estado*, 2. *La guerra*. México, 3. *La vida cotidiana*, 4. *Grandeza mexicana*, México, Clío, 1997.
El coraje cristero, Universidad de Guadalajara, 2001 (reedición).
Tierra de Cristero. Universidad de Guadalajara, 2002 (manuscrito).
Anacleto González Flores, el hombre que quiso ser el Gandhi mexicano, Madrid, México, Fundación Emmanuel Mounier, 2002.
El Sinarquismo, el Cardenismo y la Iglesia. México, Tusquets, 2003.

Capítulos de libros

“Peasant war and religious war” en J. Bak ed. *Religion and Revolt*, Manchester, 1984.
“La cuestión religiosa en México” en “*Sociedad Civil y Sociedad Religiosa*”, México, CEM: 503-545, 1988.
“La cuestión religiosa en ambas revoluciones” in *México y Francia, dos perspectivas revolucionarias*, Ricardo Ávila ed. Universidad de Guadalajara, 1992: 68-80.
“Colotlán. La Cristiada en la zona de los cañones” in J. M. Muriá, *Lecturas históricas del Norte de Jalisco*, Gobierno del Estado de Jalisco, 1991.

"El anticlericalismo revolucionario: un ensayo de empatía histórica" en R. Ávila ed. *Las formas y las políticas del dominio agrario. Homenaje a Francois Chevalier*, 1993, CEMCA/Universidad de Guadalajara: 284-306.

"El conflicto religioso en Chihuahua" en *Actas del III Congreso Internacional Historia Regional*, Universidad de Ciudad Juárez, 1993: 356-366.

"Quand l'histoire est écrite par les vainqueurs. Insurrection vendéenne et Christiade mexicaine" en *La Vendée dans l'Histoire*, París, 1994: (398-410)

"1926: Estado e Iglesia, el encuentro entre dos imperativos categóricos" en *La Secretaría de Gobernación*, tomo I, INHERM, 1997: 147-173.

"La guerra cristera" en Caldera, M. y J. M. Murra, et al, *Lecturas Históricas del Norte de Jalisco*, México. Colegio de Jalisco, 2000: 321-327.

Artículos

"Le catholicisme social au Mexique jusqu'en 1913" en *Revue historique*, 1978 N° 3: 143-159.

"El aprendizaje político de los católicos mexicanos (1900-1978)" en *Proceso*, 104, 1978. México.

"Polémica de la Cristiada" en *Nexos*, junio-julio 1980, 12 p.

"La segunda Cristiada en Michoacán (1932-1940)" en *Actas del II coloquio de Historia y Antropología Regional*. Colegio de Michoacán, México, 1982.

"50 años de radicalismo: la Iglesia católica, la derecha y la izquierda" en *América Latina*. 44 p. México, IMDOSOC (1986).

"La entrevista de la última oportunidad" en *Relaciones* N° 31: 110-143 (verano, 1987).

"Madero y los católicos" en *Vuelta*, N° 162: 48-52 (1990).

"Una historia política de la religión en el México contemporáneo" en *Historia Mexicana*, XLII: 3: 711-744 (1993).

"La Christiade, le Mexique et l'Historien" en *Alfil*, 1995 (IFAL): 63-9.

"Colima en la Cristiada" en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*. N° 16, UNAM: 100-113.

"Zapatistas y cristeros" en *Nexos*, marzo, 1997.

"Calles o la decisión", Número especial del *Boletín* del Archivo Calles-Torreblanca N° 26, septiembre-diciembre. 1997.

"Dos hombres, una situación" en *Memorias de la Academia de Historia*. Tomo XLIV 2001: 159-176.

"Dos Revoluciones, un triángulo: Moscú, el Vaticano, México 1922-1929" en *Historias* 1952: 89-98, mayo-agosto 2002.

"Una idea de México: los católicos en revolución" en *Historias*, 1954:69-82.

Video

La Cristiada, Clío-Televisa (3 cassetts) director Nicolás Echevarría, autor y locutor Jean Meyer.

Anexo documental

- I. Rectificaciones y Comentarios a LA CRISTIADA (por varios actores y un académico).
- II. Polémica de la Cristiada (por Jean Meyer, 1980).
- III. Los 250,000 muertos.
- IV. Alocución del general Amaro sobre el conflicto religioso(1931).
- V. Sobre los Arreglos.
- VI. Colofón.

I. Rectificaciones y comentarios a LA CRISTIADA de Jean Meyer (reproducidos por Jean Meyer en l'Ordinaire du Mexicaniste y El Occidental)

Someto al lector algunas cartas que recibió el autor y otros textos que no le fueron directamente dirigidos pero que también nacieron de la lectura de *La Cristiada*. Muchos errores se tomaron en consideración, por lo cual las últimas ediciones de la obra llevan la mención "corregida". Sin embargo hace falta espulgar más; por ejemplo la fotografía de la p. 65-66 del tomo III lleva un pie de página equivocado. El hombre retratado no puede ser de ninguna manera Don Nicho Hernández. El autor está de antemano agradecido con todas las correcciones que le puedan hacer sus lectores.

1er. Documento

Carta del licenciado Juan Manuel Gómez Morín con fecha 3 de julio de 1974.

ATENTO MEMORÁNDUM

En el Volumen 2 de la *Cristiada*, su autor, el señor Jean Meyer, menciona al Lic. Manuel Gómez Morín en las páginas 178, 184, 292, 340 y 356 (Edición Siglo XXI, 1973), para ilustrar las actuaciones tanto de los católicos influyentes, ricos, poderosos, banqueros, colaboracionistas, solidarios con el gobierno por sus intereses económicos, como de los intelectuales vasconcelistas de 1921 que, seducidos por el gobierno, desertaron en 1929.

Además, el Lic. Gómez Morín resulta ser uno de los principales dirigentes del Banco de México, entre 1925 y 1929, y años más tarde, fundador del PAN, partido originalmente católico, anunciado por los señores obispos desde 1929.

Hay que puntualizar lo siguiente:

1. En los años a que se refiere el libro, el Lic. Gómez Morín no tenía más relaciones con la Iglesia que las estrictamente religiosas, derivadas de sus convicciones personales y que, en esa época, probablemente fueron poco intensas. No estaba vinculado con la jerarquía, ni pertenecía a alguna de las organizaciones para laicos.

2. El lic. Gómez Morín vivía entonces exclusivamente de su trabajo profesional como abogado; no tenía bienes de fortuna, ni intereses económicos que pudieran ligarlo al gobierno. Tampoco era poderoso desde el punto de vista social o político.

3. El Lic. Gómez Morín, efectivamente, era técnico en cuestiones bancarias; pero no puede ser llamado banquero, pues no era funcionario bancario, ni tenía vinculación alguna con la banca privada.

4. El Lic. Gómez Morín no trabajó en la Secretaría de Educación en el tiempo en que Vasconcelos fuera Secretario. Tuvo cargos en la Secretaría de Hacienda (que no obtuvo por conducto de Vasconcelos), a los que renunció por los años de 1923 ó 1924. A partir de esa fecha, no volvió a desempeñar puestos públicos, ni figuró en las nóminas oficiales.

5. Sin goce de sueldo, formó parte de diversas comisiones que crearon, entre otros, el sistema monetario y el sistema bancario del México post-revolucionario; pero no colaboró con el gobierno, ni se solidarizó con él, de lo cual dan testimonio sus clases en la Escuela de Jurisprudencia, sus artículos en los periódicos y su participación en la campaña presidencial de Vasconcelos.

6. Por cuanto al Banco de México, el Lic. Gómez Morín fue miembro ponente de las comisiones que redactaron la Ley y los Estatutos del Banco. Al fundarse esta institución, fue designado presidente de su Consejo de Administración, cargo que ocupó hasta 1929. Nunca fue empleado del Banco.

7. Independientemente de lo que hayan dicho los señores obispos en 1929, el Lic. Gómez Morín promovió la fundación del PAN, de acuerdo con una idea que ya había anunciado por escrito en 1926 y que reiteradamente propuso a Vasconcelos en 1929.

8. En la fundación del PAN no intervino la jerarquía católica, ni otros miembros del clero, ni organizaciones para laicos.

Lejos de ser heredero del Partido Católico, el PAN, desde su fundación, se ha esforzado por plantear los problemas de México (inclusive la "cuestión religiosa"), en términos estrictamente católicos y fuera del tradicional contexto del conflicto Iglesia-Estado.

Atentamente.

México, D. F., julio 3 de 1974

2° Documento

Cartas de Don Felipe Brondo (q.e.p.d) Cristero de Saltillo

“Como un favor muy especial quiero suplicarle que si es posible nos hiciera la caridad de hacer una rectificación en lo que respecta a la actualización de Jesús Sáenz Cerrada pues me consta que cuando vino a Durango a hacerse cargo de la jefatura no solamente lo hizo bien, sino que siempre anduvo exponiendo la vida en cada una de sus salidas pues había venido a suplir al Licenciado Manuel Villagrán Anzorena que acababa de ser fusilado en el parque Guadiana junto con el padre Aguilar y otro compañero, por ese entonces su servidor era el jefe en Saltillo por lo que estoy en condiciones de avalar la actuación de dicho compañero además es de sabios errar y una rectificación a tiempo sería hasta honroso para usted.

Felipe Brondo, Saltillo, Coah. 13/VIII/1974

“... me apresuro a escribirle algunos datos de Chuchín (Sáenz Cerrada). En la primera etapa (1926-1929) fue comisionado a Michoacán y como fueron descubiertas sus actividades lo hicieron prisionero y le pasó lo que a su servidor le formaron el cuadro para fusilarlo, tal vez para obligarlo a que confesara lo que ellos querían, al fin se conformaron en darle el susto y luego lo tuvieron preso durante nueve meses en la penitenciaría de Morelia, quedando en libertad cuando los famosos desarreglos pero siguió trabajando en lo que se pudo hasta que el año de 1936 en que fueron fusilados el Lic. Manuel Villagrán Anzorena, Arturo Mitre y Alfonso Aganza (esto sucedía el 20 de mayo), lo mandó el general Acevedo a recoger a la Cd. de Durango las pertenencias de dicho delegado y a que se hiciera cargo de ayudar en cuanto fuera posible a los pocos cristeros que más que levantados en armas andaban a salto de mata en unión de sus familias tratando de defender sus vidas. Esto duró hasta fines del 1938 en que trató, de acuerdo con los superiores, de que el último jefe que quedaba, y que era Federico Vázquez, se rindiera ya que no había caso de seguir una lucha estéril en medio de tanto enemigo, especialmente de los mismos nuestros, después se fue a Juárez donde estuvo trabajando y perteneciendo al partido acción nacional, un buen día resultó electo diputado federal ¡y vaya que guerra que les dio en la cámara de diputados! Pues defendió con verdadero amor patriótico los postulados de por Dios y por la Patria.

Felipe Brondo 28/VIII/1974

12 de octubre de 1974.

Estimado Hermano:

En mi carta anterior le supliqué tuviera la bondad de hacer una rectificación en el caso de mi compañero Jesús Sáenz Cerrada y para el efecto le di los datos que me constan para tal objeto.

Ahora quiero suplicarle otra cosa, en los Apuntes de Mis Memorias, en la página 16 y que usted leyó, aparece lo siguiente:

..."Entonces se me vino a la mente un sonetito que me había aprendido y quise dejarlo de recuerdo en aquel palacio para que confirmaran aquellos desgraciados cual era mi sentir respecto a sus vejaciones..."

El soneto fue este:

"Hoy que mi alma está de ilusiones llena,
quiero morir así robusto y sano;
Defendiendo mi fe y ante el tirano,
Con sangre empapar la arena.

Quiero morir y soportar la pena
Con el valor de un espartano.
En esa hora sonreírle ufano,
Al canalla vil que me condena.

Quiero morir y por mi fe querida
Quiero sacrificar mi propia vida
En un suplicio que jamás se ha visto

En una hoguera sacudir mis alas
O caer traspasado por las balas,
Gritándole al tirano... ¡VIVA CRISTO!

Y que aparece en la página 302 del 3er. tomo de su libro "LA CRISTIADA" como si fuera de mi cosecha, y como no quiero dar motivo a futuras reclamaciones, deseo que la mismo tiempo que haga la rectificación de Chuchín, en futuras ediciones, se sirva aclarar también que ese soneto no fue compuesto por mí.

Felipe Brondo, Saltillo, Coah., a 12 de octubre de 1974

3er. Documento

Lo que dice el padre Navarrete

En el Suplemento Dominical de "EL INFORMADOR" correspondiente al 27 de octubre de este año (1974) se publicó un artículo firmado por Luis Sandoval Godoy, cuyo tema es la entrevista que tuvo con un Sr. Jean Meyer, investigador de Historia.

Cuando leí el artículo del Sr. Sandoval, encontré con sorpresa que, a propósito de la aparición del libro de Meyer, consigna un diálogo entre el periodista y el autor de "La Cristiada" y después de aludir a los sucesos que tuvieron lugar cuando el cabecilla Victoriano Ramírez 8ª) "el Catorce" fue juzgado y ejecutado en Tepatlán, Jal., en mayo de 1929 el autor Meyer, refiriéndose a mi actuación en la campaña, dice textualmente: "Tuve información amplia sobre su actuación en el movimiento, nada más se calló en lo referente a la muerte del "Catorce". A ver qué dice ahora que salió el tercer tomo, donde viene este hecho".

Quiere pues Jean Meyer que hable yo sobre los acontecimientos de aquellos días y parece que me invita a responder a su pregunta y que espera que me defienda de una acusación emanada de la responsabilidad que pude tener y que en alguna manera tuve en la muerte de Victoriano.

No tengo la menor aprensión para hacer ambas cosas.

Al aceptar el diálogo a control remoto con el autor del libro ya citado, voy a declarar con toda sinceridad que "La Cristiada" es el primer intento de síntesis amplia y abastecida de datos de todo el problema de la persecución religiosa en México durante los años de 1926-1929; que, en líneas generales, el trabajo del Sr. Meyer ha abierto, como atinadamente escribe Don Luis Sandoval Godoy, "un ancho portón por donde entrarán los cristeros al conocimiento universal de la Historia".

Afirmo, sin embargo, que a vuelta de muchos aciertos y juicios críticos justos, la obra requiere muchas rectificaciones y aclaraciones. Está ayuna quizá de lo más importante que hay en materia de documentación e investigación relacionadas con todo el acontecimiento del trienio trágico en nuestro país.

Es pues, desde este punto de vista, un relato fragmentario, con errores y narraciones fruto de pasión facciosa. La causa de esta última nota, me parece que se encuentra en la credulidad del Sr. Meyer, que habiendo entrevistado a infinidad de testigos o coetáneos del fenómeno cristero, ha tomado los dichos y declaraciones de segunda, tercera o quinta mano como si fueran del Evangelio. Y por el contrario. "LO QUE NO VIO" el autor, para usar la frase del periodista Sandoval es o bien lo más importante de aquel periodo histórico; o bien llena los huecos de la deficiente investigación con historietas de ficción propia o

ajena, como en el caso de incidentes como el que causa esta mi aclaración o defensa.

Quiero contestar categóricamente la pregunta que me hace Meyer en el artículo de "El Informador", según la consigna el periodista, Sr. Sandoval: —Y el padre Navarrete?— Contesta Meyer: Tuve información amplia sobre su actuación en el movimiento, nada más se calló en lo referente a la muerte del "Catorce". A ver qué dice ahora que salió el tercer tomo donde viene este hecho".

Señor Meyer: todo lo que tengo que decir acerca de las causas y el suceso mismo de la ejecución de Victoriano Ramírez (a) "El Catorce"; lo escribí con detalles en cuatro capítulos de mi libro "Por Dios y por la Patria".

Antes de la aparición del tercer tomo de su obra y después de ella, digo ahora y diré siempre lo mismo que publiqué.

Confieso que no recuerdo haber hablado con Meyer. Quise hacerlo en el mes de octubre próximo pasado antes de conocer la versión de su tercer tomo porque mi amigo José Ramírez Flores me dijo que estaba por venir y solía aposentarse en casa del mismo Ramírez Flores. Le pedí por favor que me avisara e invitara para conversar con él: pasaron dos o tres semanas y pregunté a mi amigo acerca de la venida del escritor y me contestó que ya había estado en Guadalajara y le había indicado José mi deseo; pero que Meyer contestó que por falta de tiempo no podía acceder a la entrevista. Así que su dicho de que "tuvo información amplia", (ya que antes, como dije, no habíamos hablado) sobre mi actuación, supongo que se refiere al contenido de mis libros (he publicado cuatro con material de la persecución religiosa y la guerra cristera) y seguramente relaciones que haya recogido en sus abundantes entrevistas y archivos privados que logró consultar.

Y continuó dirigiéndome a mi detractor.

Señor Meyer: Cuando Usted afirma. "La causa inmediata de la muerte del héroe PARECE haber sido una historia de mujeres, etc..." sólo tengo que decir una palabra: MIENTE. Usted o quienes hayan fraguado esa novelita picaresca según la cual el Teniente Coronel Mario Valdez y yo cortejábamos a dos hermanas de una de las concubinas del Catorce: MIENTEN.

Ni le quita fuerza a la calumnia el uso de la palabra PARECE con la que Usted quiere eludir su responsabilidad en ese chisme vulgar.

Y no es que me parezca denigrante el hecho de haber tenido alguna (una sola) amistad que llegó a ser de inocente intimidad siempre mantenida en un plano de caballerosidad y limpieza con una joven del pueblo de San Julián de la más distinguida familia de la población. La familia consentía en nuestra afectuosa comprensión mutua. Ella es ahora lo que fue siempre: modelo de su condición. Joven honesta y decorosa, así como ahora es un ejemplo de esposa y madre de familia, dechado de femeninas virtudes.

Pero está muy lejos el vulgo de entender estas experiencias y distinguir la calidad de las personas.

“El Catorce” y yo militamos más de dos años en las mismas filas y llevábamos una amistad cordial: pero nunca conocí sus aventuras amorosas que ciertamente no eran escasas. Era tipo de muy buena presencia; su natural carácter, ingenioso y festivo, bromista y chancero, lo hacían atractivo, aunque su acento y vocabulario eran típicamente rancheros. Cuando tocamos en nuestro diálogo el problema “mujer” siempre fue en forma especulativa y teórica. Estoy seguro de que en esos casos fue respetuoso y aunque con franqueza, nunca con cinismo o desvergüenza.

De Mario Valdez puedo decir que ni él ni yo nos hicimos confidencias de nuestra vida emocional y, aunque algunas veces él me confió lances de seducción y aventuras con mujeres, fue más bien de sus hazañas en la ciudad y yo siempre lo escuché en silencio y sin comentarios.

Estos recuerdos los escribo porque la tónica de nuestras relaciones (hablo del convivir y comunicarnos) con los jefes y oficiales se mantuvo siempre en un nivel de mutuo respeto.

Es difícil, comprendo, conocer a otra persona, sobre todo cuando se trata de cualificar, como en este caso, a quienes tuvimos que tomar parte en el torbellino de aquellos años en que se vivió en expectación y zozobra.

Lo que más me llama la atención en usted es que haya dado por ciertas versiones que no son otra cosa que la expresión del sentimiento natural de todas aquellas gentes que consideraban con razón a Victoriano como persona de su pertenencia y gloria de su pueblo.

Yo di por descontado que el grupo de sus coterráneos y, sobre todo sus amasias y familiares de ellas, habrían de quedar poseídas de un gran rencor contra nosotros.

Llevaría muchas páginas el análisis de las circunstancias de verdadera y aguda emergencia que influyeron en el Padre Pedroza para que tomara tamaña decisión. Mas vuelvo a decir: eso debiera ser tomado en cuenta por quienes pretenden hacer Historia.

Es lástima que quien tiene como Usted, Señor Meyer, tantas cualidades como intelectual, haya prohiado leyendas como las de quienes se arrogan la competencia de interpretar los actos de la Divina Providencia atribuyendo la muerte de los Padres Vega y Pedroza a castigo de Dios por ejercer actos de su competencia en el gobierno militar. Y lo que me parece aun risible es la creencia de que también Goroztieta pagó con su vida la participación que le atribuyen en el desenlace del problema. El General Goroztieta estaba muy lejos de Tepatitlán, por la región del Sur de Jalisco, en los días de la tragedia del Catorce.

Cuando volvió a Los Altos, conversando conmigo me decía: ¡“Qué lástima que haya sucedido eso con Victoriano. Por supuesto que Pedroza aceptó la responsabilidad y quizá algún día tenga que responder del desenlace trágico del caso. Si yo hubiera estado acá no se hubiera resuelto así el problema. Pero son cosas de la guerra.

Pero los consejeros de Dios ya pronunciaron sentencia”.

Envío al Señor Sandoval Godoy: No pretendo justificar mis hechos de entonces. Bien escribió Usted cuando encabezó su artículo con las palabras “Lo que vio Jean Meyer y lo que no vio”.

Se refiere sin duda a las fuentes principales que le fueron negadas.

Afortunadamente los archivos del Excelentísimo Señor Arzobispo de Durango (con quien tuve muy estrecha relación de amistad) quien en varias ocasiones me mostró colecciones de copias al carbón de sus memorándums enviados a la Santa Sede y su correspondencia del tipo, digamos político; el archivo del Señor Orozco y Jiménez; el del Arzobispado de México; y por otra parte la discreción del insigne Capistrán Garza sería material de temer que algunos trances históricos fueran utilizados para copiosa literatura folletinesca.

No. Yo no recibo injuria por esa calumnia que tiene un contenido muy ajeno a mis habituales pensamientos y está en abierta contradicción con las pruebas documentales que tengo en mi poder como las constancias de mi comportamiento durante la campaña militar y el nombre que logré ganar en la preparación y proceso que le precedieron. Mi conciencia no se mancha ni ligeramente se altera con el puñado de lodo lanzado por un extranjero.

Tampoco creo que no cometiera errores. Por eso repito con San Pablo: “Cierto que mi conciencia nada me reprocha; más no por eso quedo justificado. Mi Juez es el Señor”.

(I - COR. IV - 4)

Documento 4° (Se presenta el original sin alteración alguna)

José Guizar O. (q.e.p.d) Errata en La Cristiada, tomo I

Señor Meyer,

Pág. 33. El párroco de Cotija, Sr. Clemente García Ordaz, no se opuso al levantamiento cristero, simpatizaba con el movimiento, pero no intervino.

Pág. 45. El Pbro. Mercedes Ahumada fue capellán de las fuerzas del Gral. Luis Guizar Morfín, no del Gral. Maximiliano Barragán.

Respecto al padre Miguel Guizar, capellán de las fuerzas del Gral. Maximiliano Barragán, lo mataron el 7 de marzo de 1927 en el ataque de este Gral. a los Reyes, Mich.

El Padre Gabriel González quedó como capellán de las fuerzas cristeras del Gral. Prudencio Mendoza desde el 7 de marzo de 1927 hasta el licenciamiento de sus fuerzas. Antes no actuó. Pág. 47.

Pág. 140. Los campesinos de Cotija no fueron a pedir permiso al Sr. Fulcheri, Obispo de Zamora. Personalmente narré a Usted como fue el levantamiento de los campesinos en Cotija. Espontáneo, sin consultar a sacerdotes ni obispo.

Salvador Guizar, hermano del famoso Manuel del mismo apellido, casi un niño, murió peleando valientemente en el combate del Tacotal.

Lo del Tacotal, como le platiqué, fue heroico. Merece comentarios.

El levantamiento del Gral. Prudencio Mendoza fue el 7 de marzo, no el 3. Tomó Cotija ese mismo día; pero no Jiquilpan.

El señor cura Gabriel González no organizó ningún partido de futbol ni emborrachó a los soldados de la guarnición.

Entró a Cotija acompañando a las fuerzas del General Mendoza. Prudencio.

Pág. 190. José Luis Sánchez era el abanderado del Gral. Luis Guizar Morfín y calló prisionero. Lo llevaron a Sahuayo donde lo fusilaron. Lo de los gallos es cierto. Murió con un valor y fe extraordinarios.

Pág. 212 En Huatusco no hubo levantamiento cristero. En marzo de 1930 hubo un zafarrancho entre católicos, policías y miembros del sindicato de panaderos. Allí murió el jefe de la policía y el del Sindicato de panaderos entre otros. Yo estaba allí e intervine para que no mutilaran el cadáver del jefe del sindicato, más conocido por el negro Reyes. Culparon al cura de Huatusco de apellido Cordera.

Posiblemente lo que Usted encontró en el diario de Tejeda, se deba a que aún después de los arreglos, seguían llamando cristeros a los católicos militantes.

Pocos y pequeños errores en un gran libro.

Al único que le doy alguna importancia es al del Sr. Cura Gabriel González, porque de ser cierto, empañaría su limpia actuación en la causa. Afortunadamente no fue así, porque como dije él venía acompañando al Gral. Prudencio Mendoza y no podía encontrarse en Cotija.

Atentamente

José Guizar O.

D. Rafael Degollado, abuelo del Gral. Jesús Degollado Guizar, era hermano del distinguido Gral. Liberal, D. Santos Degollado.

MANIFIESTO

¡MEXICANOS!

Dolorosas tragedias, frecuentes guerras civiles y hasta desmembraciones de su suelo, ha sufrido nuestra Nación; pero nunca como hoy, sus malos hijos la habían llevado al caos en que se encuentra.

No existe libertad de enseñanza, ni de pensamiento, ni de prensa; el voto es un mito y la Religión Católica, baluarte de la nacionalidad y único lazo de unión que conservamos los mexicanos, es combatida con fiereza. Los ciudadanos católicos, inclusive los más patriotas, somos parias en nuestro propio País.

Calles, hijo bastardo de México, tirano que chorrea sangre y cieno, quiere corromper a nuestro pueblo, para que traidores unos, cobardes otros, todos contribuyamos con la adulación, ya con la inercia a que la tiranía se perpetúe.

El panorama es desconsolador, pero los últimos atentados del tirano sacudieron fuertemente el ALMA NACIONAL; sonó el clarín de guerra en la región de los Altos y millares de hombres se lanzaron a la lucha. Los callistas fueron vencidos en Cotija y en las montañas que la circundan. Las sierras de Michoacán se coronaron de guerreros y en sus cimas flota airosa la Bandera de la Libertad.

La lucha ha principiado, unámonos todos como un sólo hombre para derrocar al tirano. Ya sabemos, la Historia nos lo enseña, que en todas las luchas del pueblo contra una tiranía, vence el pueblo.

Hacemos un llamado a todos los hombres del campo y de la ciudad a que secunden nuestros generosos esfuerzos; que cada uno ayude lo más que pueda a la Causa de la Libertad.

Declaramos que no somos enemigos de las reformas sociales justas; que deseamos sinceramente el mejoramiento de las clases trabajadoras, pero nos oponemos con energía a que se las aproveche para sembrar odios entre hermanos y para fines de sucia política; queremos que ni los campesinos ni los obreros sean esclavos del Estado y que no se les obligue a vender su conciencia por un pedazo de tierra o de pan.

¡Adelante, la lucha será larga y sangrienta, pero la victoria será nuestra y día llegará en que brille la aurora de la Libertad en la oscura noche de nuestros infortunios patrios!

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD

El Mesteño, a 27 de marzo de 1927.

Gral. De División
Prudencio Mendoza

Corl. En Jefe del Edo. Mayor

Gral. De Brigada
Maximiliano Barragán

Corl. En Jefe del Edo. Mayor

De Prudencio Mendoza
José GUIZAR OCEGUERA

De Maximiliano Barragán
Luis Guizar Morfín

Capellán.
Pbro. Gabriel González

Esta copia es de las que me entregó la Sra. Olivera. La saco del que yo le presté, que aún no me devuelve.

Documento 5°

Sobre Charapan (Mich.)

Corrección a Meyer III:32 (incorporada a edición ulterior)

“Sobre los levantamientos locales, el más cercano a Charapan del que tenemos noticia es el de San Juan Parangaricutiro. Sobre Charapan, Aguirre Beltrán recogiendo con toda seguridad una afirmación del doctor Palacios, clasifica al pueblo junto con San Juan, como “epifoco” de la rebelión cristera en la Sierra. Como ya dijimos, de San Juan sabemos con certeza de una rebelión aunque parece exagerado considerarlo como un epifoco rebelde. De Charapan ningún testimonio confirma lo asentado por la fuente de Aguirre Beltrán, el doctor Palacios, quien afirma incluso que a raíz de la rebelión cristera, emigraron veinte familias a Estados Unidos. Hemos entrevistado a un porcentaje estadísticamente insignificante de la población charapeña, pero nuestros informantes ancianos, coinciden en señalar que los cristeros efectivamente pasaron por el lugar (e incluso llegaron a pernoctar en el pueblo y/o en las afueras), pero ninguno habla de un levantamiento local y menos de la magnitud requerida para convertir al pueblo en centro rebelde. No queda huella de ningún levantamiento de esa magnitud.

Por otra parte, según Jean Meyer afirma, Charapan como Nahuatzen y Cherán fueron pueblos “mayoritariamente cristeros después de haber expulsado a los agraristas locales. Estos fueron víctimas —dice— de rencores acumulados, después de la invasión del pueblo por agraristas de Tanaquillo “para destruir iglesias y maltratar al sacerdote y a los ‘principales’”. Sin embargo, la destrucción de iglesias no fue tal, pues sólo había una, además de las capillas —ninguna de las cuales fue destruida—. Un vano intento de incendio en una torre de la iglesia parroquial fue prontamente sofocado. Además, la expulsión de agraristas ocurrió hasta 1939, bastante tarde como para convertirse en un pueblo “mayoritariamente cristero”.

En esto entra una consideración de nuestro especial interés en este trabajo. Las ideologías "liberal" y "conservadora" entonces argüidas en los combates políticos, con el tiempo han nublado y ennegrecido los acontecimientos. A los agraristas se les llamó "rojos" y se les acusó de "comunistas", cuando es de dudarse que haya siquiera alguno que conozca el significado de esa palabra. A los ricos del centro y a la gente que estuvo de su lado, incluso pequeños propietarios empobrecidos, se les llamó "blancos" y se les acusó de "devotos fanáticos" y "cristeros". Estos últimos no atacaron espontáneamente a los cristeros visitantes y quizá hayan podido ayudarles en algo (como darles servicios de protección), pero lo cierto es que no engrosaron sus filas. Es más, debieron comprometerse con fuerzas del gobierno, a "la defensa" armada del pueblo en la persecución de auténticos cristeros. No hay pues tales "comunistas" ni tales "cristeros". Se expulsó a los agraristas es cierto, pero hasta 1939 y no por ser cristeros los expulsantes, sino por razones que a lo largo de este trabajo nos esforzamos en aclarar. Como nos dijo una vecina, si bien unos se fueron con los cristeros (concretamente sólo dos) y otros estuvieron en contra, más bien la división era interna. De hecho el gobierno nunca atacó militarmente al pueblo en persecución de cristeros. Según don Cecilio Jerónimo, antiguo miembro de *la defensa* y fiel conservador de las tradiciones sociales y religiosas del pueblo, en Charapan no había cristeros sino "puros del gobierno".

El manoseo exagerado de slogans y apelativos con claro significado ideológico, llegaron a tergiversar de tal forma los hechos que aun en los testimonios orales, es difícil y a veces imposible, distinguir cuándo se habla de auténticos cristeros y cuándo no. Al preguntar sobre la existencia de cristeros en Charapan, la gente no parece percatarse con claridad de qué es lo que se está preguntando. Sus testimonios son confusos al respecto. Se llegó incluso a identificar como cabecilla cristero al general Zepeda, precisamente el militar de Zamora encargado de la persecución de cristeros en la zona.

Sin embargo, algunos datos sobre aquellos años pueden tenerse. Según sabemos, por 1927 la iglesia fue cerrada al culto. Y de hecho, de septiembre de 1926 a febrero de 1929, dejaron de asentarse actas de bautismo. Y aunque en el pueblo andaba una "bola de cristeros", éstos eran fuereños que no causaban daños. "La defensa" encabezada por Luis Rodríguez —líder "blanco"— se hallaba dependiente del gobierno, con objeto de que no se tomara al pueblo por cristero. Un ex-miembro de la defensa nos habló del poco entusiasmo que les despertaba la persecución de cristeros, pues su colaboración con el gobierno era más bien de "pura conveniencia", "una finta" para evitarse problemas. Y aun Luis Rodríguez, pese a su declarado catolicismo, era en ocasiones buscado por los cristeros, en represalia por supuesto de jefe de armas y su apoyo al gobierno.

Del pueblo, sólo se sabe con certeza de dos personas enroladas "porque no tenían trabajo". Pancho Romero, quien al parecer no sobrevivió y Carlos Félix,

quien aún vive. Éste último se enroló con las fuerzas de J. Jesús Quintero, oriundo del rancho de Chaniro, cerca de los Reyes, cuando éstas estuvieron en Charapan. Estos cristeros, dice el propio Félix, “iban en contra del gobierno y a favor de los padres” y tenían buenas armas enviadas en los mismos trenes del gobierno. Al despertar y regresar al pueblo, fue apresado por Luis Rodríguez. Posteriormente fue agrarista “de hueso colorado”.

Por contrapartida, pasaban por el pueblo fuerzas federales. Entre ellas, las del general Francisco Zepeda Salas, quien tenía mando de tropas en Zamora en 1928 y con quien se enfrentó Jesús Quintero cuando Carlos Félix se hallaba enrolado.

Uno de tantos incidentes de aquellos años, nos fue relatado por un sobreviviente. En mayo de 1927, Francisca Arizpe, la maestra esposa del jefe de armas Luis Rodríguez, divisó fuerzas cristeras en el rancho cercano de Huancho y dio aviso al pueblo donde se encontraban fuerzas del gobierno. Seguida por éstas, salió entonces “la defensa” por delante, “de avanzada”, en persecución de los cristeros, “no más por finta, pues no queríamos que nos fueran a tomar por partidarios de los cristeros”. Iban, entre otros, Martín Chuela, Pablo Ortiz, Pedro Reyes, Margarito Chuela, Eraclio Galván y un tal Silverio de Patamban.

Al llegar a un punto entre Sirio y Pamatácuaro, fueron víctimas de una emboscada del grupo cristero. Según nuestro testigo, los cristeros sumaban unos 600 hombres encabezados por el conocido cabecilla Ramón Aguilar. En el enfrentamiento murió el capitán gobiernista y del pueblo sólo salió herido Margarito Chuela. Al final huyeron los cristeros. Posteriormente el general Cárdenas proveniente de Zamora, estuvo a inspeccionar el lugar de los hechos. Al parecer fue entonces cuando Luis Rodríguez, de 40 años en ese entonces, recibió el grado de coronel y pertrechos de Zamora para sus hombres.

García Mora, José Carlos. *San Antonio Charapan, El conflicto agrario-religioso en una comunidad de la sierra tarasca*. Tesis profesional. México, INAH, 1975, p. 266-270.

[Jean Meyer se equivocaba, citando (correctamente) al Dr. Aguirre Beltrán, quien a su vez citaba bien al Dr. Palacios, quien le afirmó que Charapan había sido muy cristero]

Documento 6º

Cartas de Carlos Blanco (q.e.p.d)

Las dos cartas de Carlos Blanco al P. Nicolás Valdés me llegaron hasta después de la muerte de esas dos personas. Carlos Blanco alude en su última carta a un artículo que no pude encontrar. Tampoco la carta que menciona “dirigida a

Meyer" y que, probablemente, por delicadeza retuvo Carlos Blanco o el P. Valdés.

México, D. F., abril 1° de 1975.

Señor Pbro.
Don Nicolás Valdés.
Guadalajara, Jal.

Muy estimado Pater:

He quedado sumamente mal con el pago de los fierrucos, pero me han azotado muchos acontecimientos funestos, desde luego la grave enfermedad de mi esposa, que tuvimos que hospitalizarla varias veces hasta que murió el 9 de Dic. Ppdo. Después la salida de mi compadre Margáin hacia Inglaterra que trastornó completamente mis planes y anuló mis posibilidades y otras varias circunstancias desfavorables para poder cumplir mis compromisos.

Ahora, otro asunto, relacionado con la publicación que hizo un francés sobre los Cristeros basándose en las informaciones de Heriberto Navarrete y de algunos ciudadanos mitoteros de esta ciudad. Por ese motivo remito a Usted una carta que escribí hace algún tiempo a Monsieur Meyer sobre el tema, sobre todo en lo que concierne a mí, para dos cosas si es posible y es tan amable Usted en hacerlas: *Primera*, que esta carta, la dirigida a Meyer, se publique en alguna hoja o periódico para que la conozca el público que haya leído la obra de Meyer, que está destinada fundamentalmente a poner por las nubes a Navarrete y a Gorostieta y a denigrar y poner por el suelo a los pobres changos que no estuvimos de acuerdo con tales individuos, masón el uno y tonto de capirote el otro. Además, Luis Anaya, mi gran amigo, que sé que vive en Acatic, puede proporcionar a Usted muchos datos sobre el tema. Y la *segunda* cosa que pretendo, es que esta carta llegue a manos de Meyer, sea impresa o como está.

Es lamentable que después de tanta hambre, tanto susto, tanta persecución posterior en la capital y tanto esfuerzo desde muchos años atrás, nos suministren los escritores sobre el tema una solemne patada, todo para enaltecer la figura de un masón metido a redentor de los mexicanos tiranizados por Plutarco Elías Calles, otro masón titulado, porque cuando este ciudadano hizo un viaje a Europa, antes de ocupar la silla presidencial, René quiso que lo matáramos Luis Segura y yo, en París, porque don Plutarco había estado en las Logias masónicas francesas tomando órdenes y aderezando el programa para lanzar la persecución antirreligiosa en México. Con lo que resultaba sorprendente que un masón (Plutarco Elías Calles) desencadenara la persecución, y otro masón grado 33 (Gorostieta), lo pusiera la Liga para la Defensa Religiosa, para que la defendiera y defendiera a la Iglesia Católica en México de las embestidas de Calles. Y resulta también sorprendente que un

jesuita, Navarrete, nos llene de lodo por nuestra resistencia a semejante libertador o redentor.

Además, yo tuve mala pata en la tal Cristiada, porque un su amigo y "general", según dice Meyer, escribió alguna vez que yo había querido arrebatarse el mando a don Pedro Quintanar, cuando en realidad le propuse simplemente que atacáramos, combinadamente, algún punto importante en Zacatecas, porque mi preocupación principal fue que los cristeros no estuvieran metidos en un agujero sino que marcharan hacia delante, combinando los movimientos de los grupos. Por lo que el padre Andrés Pérez del Cañón de Bolaños, decía que mientras Gorostieta era el "táctico", yo era el "estratega".

Perdonando tanta lata, que a mis 77 años ya es muy poco agradable, y haciendo lo imposible por pagar esos fierrucos lo más pronto posible, reciba un fuerte apretón de manos, con afectuosos recuerdos para mi capellán don Ángel, su hermano, de

Carlos Blanco.

Fuente de la Juventud Núm. 19
Tecamachalco, Estado de México

México, D. F., abril 19 de 1975.

Señor Pbro.
Don Nicolás Valdés.
Guadalajara, Jal.

Muy estimado Pater:

Hace algunos días le envié una carta con uno de mis nietos, y que creo que le fue entregada por su mamá, mi hija Rosa. A esa carta acompañé con otra para el francés Meyer, autor de una leyenda sobre los Cristeros, y que me pone a mí "como no digan dueñas". Porque así es la Historia: "un palimpsesto" que escriben los historiadores y no que se escribe por sí misma, como decía el filósofo alemán Jorge Federico Hegel.

Mi carta al personaje francés tiene por objeto rectificarle algunas aseveraciones inspiradas por Navarrete y otros personajes que desde tiempo atrás, no sé porqué, me tenían cierta reconcomia, entre ellos el Obispo don Vicente Camacho, al que cuando figuraba él como asistente de la Unión de Católicos Mexicanos o "U", le serví casi de rodillas, como les consta al Lic. Gabriel Ortiz García, a don Emiliano Guisar, ya difunto, y a otros, pero que me pagó el santo señor con un odio africano, todavía me lo citaba después el padre jesuita Leobardo Fernández.

Por supuesto, que yo me metí a la "bola", y Dios es mi testigo, primero al estradismo en 1923-24 y después a la Cristiada en 1926 a 1929, por unos mal llamados IDEALES, y me lancé al campo en lugar de permanecer en mi casa *rascándome las tripas*, como lo hicieron los señores de la Liga, o sirviendo de "corre, vé y dile", como lo hicieron algunos "héroes" de ahora. Me lancé *encuerado*, sin un quinto, pero con mis ideas propias y sin pedir a nadie NADA. Tuve algunos buenos amigos en el campo, como don Ángel Valdés, Luis Anaya y varios alteños de capote. En la ciudad fue mi gran amigo y colaborador número UNO el Lic. Genaro Núñez, también el doctor Hilario Pérez, Camilo Verdín, el chaparro José González y otros. Pero nunca fui partidario de los infundios, de las mentiras y de las versiones infladas como muchos otros. A las famosas *Brigadas femeninas* siempre les alcé pelo y las tuve por peligrosas porque se dedicaban mucho al argüende, y a pesar de mi inclinación por las mujeres las consideraba inadecuadas para el *affaire* (negocio) de la guerra. Y la muerte de Anacleto se debió precisamente a las indiscreciones de las mujeres. Por eso mismo en el mundo femenino cristero no tuve amistades ni tampoco *verseros* populares.

Capistrán fue un excelente JEFE pero nunca contó con el apoyo resuelto de la Liga, a pesar de que era él su "mejor caballo", y los Obispos en general no lo estimaron sino al contrario lo subestimaron y hasta lo odiaron como don Pascual, Banegas Galván y algunos otros.

En mi carta anterior no le puse mi domicilio que ya no es el de Monte Líbano, sino el que está abajo del membrete de ésta. Aquí estaré todavía un mes, o sea mayo próximo y después no sé a dónde me cambiaré porque mi hijo Jorge sale a una Beca a Estados Unidos. En la página 2 de la carta de Meyer hay que hacer unas correcciones y el párrafo penúltimo de esa hoja 2, debe quedar así: *Además la INTRIGA ante la Liga consistió en proponer a la misma organización en su mando superior, que el "modo", los medios y el sistema empleados hasta entonces para ganar la guerra (a mi juicio) eran defectuosos y que mejor sería que comprendieran dos cosas:*

Por supuesto, no que se subrayen las palabras sino que se pongan en plural en lugar de en singular como las puso la mecanógrafa.

Ahora, a esta carta le acompaño un artículo para periódico porque el que anteriormente me los publicaba los pasó a la censura del gobierno y me lo rechazaron. Si le encuentra cabida en alguno local, creo que sería bien porque contiene algunas ideas importantes.

Con la fibra de siempre acepte un fuerte apretón de manos de

Carlos Blanco

Documento N° 7

Jesús Sanz Cerrada
Pino Suárez 602 Pte.
Durango, Dgo.

a 7 de noviembre de 1973.

Sr. Dr. D. José Gutiérrez Gutiérrez,
Dr. D. Manuel Velásquez,
Sr. D. Felipe Brondo,
Sr. D. Antonio Rius Facius.

Dilectos amigos y compañeros:

Acabo de leer el primer tomo de la obra de Jean Meyer LA CRISTIADA, lo que hice con singular interés por las razones que ustedes comprenderán. Encuentro dicha obra muy documentada, fruto de la ardua y prolongada labor de investigación llevada a cabo durante varios años por el citado autor.

Meyer estuvo conmigo en ésta en dos o tres ocasiones. Hablamos largamente aunque no me pidió ningún documento relacionado con el Movimiento Cristero, en sus dos etapas, del que tengo un archivo bastante numeroso, y quizá algo de lo que he conservado desde hace tantos años pudiera haberle sido útil. Únicamente me pidió unas 80 fotografías que poco después religiosamente me devolvió.

Mucho de lo publicado ya era de mi conocimiento, otra parte era desconocido como nombres, fechas de levantamientos, etc. Ignorando así mismo las tirantes relaciones que, según el autor, existían entre La Liga y los Cristeros, de lo que no me enteré ni me di cuenta, quizá por mis pocos años, pese a que fui un estrecho colaborador de los Lics. Rafael Ceniceros y Villarreal y D. Miguel Palomar y Vizcarra, sin cargo alguno si no, podría decir, como "mandadero".

Como quiera que sea es un libro que todos los que en una u otra forma participamos en esos Movimientos, debemos conservar y que vendrá a aumentar nuestra bibliografía, tan escasa por cierto, dado su valor histórico, pues tal parece que hay una consigna, un tácito acuerdo de soslayar todo lo relacionado con estas epopeyas gloriosas. Prueba de ello puedo citar el hecho de que durante la solemne ceremonia religiosa efectuada el 11 de enero de 1973 en el Cerro del Cubilete con motivo del 50 aniversario de la colocación de la primera piedra del actual gigantesco monumento a Cristo Rey, a la que asistieron 20 o 50 prelados, 200 sacerdotes y miles y miles de peregrinos, en la homilía pronunciada por el Sr. Cardenal Miguel Darío Miranda no mencionó en lo absoluto esos dos hechos históricos: la forma como respondió el pueblo católico durante la persecución religiosa callista y al Movimiento Cristero, que para mí

son los auténticos cimientos de ese monumento erigido al Jefe Supremo Cristo Rey.

Volviendo al libro de Meyer, vi con tristeza un párrafo en el que me alude y en términos nada favorables y que obviamente considero falsos e improcedentes. En la página 382 dice textualmente: "A fines de 1938, los cristeros de Durango, que acababan de ser abandonados por quien les enviaba el material desde Durango y Torreón, el civil Jesús Sanz Cerrada..." y en la nota 74 al pie de dicha página dice: "AAA (abreviatura Archivo Aurelio Acevedo) 22 de diciembre de 1938. Jesús Sanz Cerrada había sido enviado por Acevedo para asegurar a los cristeros de Durango el apoyo de la ciudad. En 1938, Sanz Cerrada consideró que, perdida toda esperanza humana de vencer, ya no se daba una de las condiciones canónicas del derecho a la rebelión. F. Vázquez decidió continuar".

No me considero una *prima donna* en busca de aplausos o gratos adjetivos calificativos. Mi participación en las dos etapas del Movimiento Cristero, nuestro Jefe Supremo Cristo Rey la conoce, y me atengo obviamente a su juicio. Pero aunque ya es inevitable dicha referencia inexacta, deseo cuando menos ante ustedes aclarar que NUNCA abandoné a Federico Vázquez y a su gente en 1938. Esto hubiera sido una traición, un acto vergonzoso, algo indigno como remate a mi muy humilde, insignificante, pero sincera entrega a la Causa de Cristo Rey y Santa María de Guadalupe.

En la primera etapa, humanamente fracasé, ya que habiendo sido comisionado al Estado de Michoacán, con cuartel general en Morelia, una madrugada fui aprehendido y conducido a la Jefatura de Operaciones donde me tuvieron incomunicado cinco días, careciendo de alimentos y sometido más que a torturas físicas a morales y conducido un atardecer al panteón donde se me hizo un simulacro de fusilamiento para forzarme a delatar a los jefes tanto de Morelia como de la Ciudad de México, lo que gracias a Dios no ocurrió. Posteriormente fui trasladado a la Penitenciaría donde estuve preso nueve meses, tiempo en el que pude, creo yo, hacer algún bien ayudando y defendiendo jurídicamente a cientos de presos que sufrían injusticias y un trato inhumano, despótico y hasta cruel.

Cuando salí de la Penitenciaría, después de ir al Santuario de la Virgen de Guadalupe a dar gracias, así como a todas las personas y familias que en una u otra forma me ayudaron durante mi reclusión, me trasladé a la Ciudad de México. Poco después vinieron los discutidos y desafortunados "arreglos" a los que con fidelidad se refiere Jean Meyer en su libro. Como ustedes deben recordar, la casa de mis padres era algo así como un cuartel general de los cristeros, en donde se redactaban manifiestos, se embarcaba parque, se refugiaban los perseguidos o curaban los heridos. Mi padre, un auténtico patriarca y mi mamá, una verdadera madre para todos los que a ella acudían. Todos eran queridos y tratados como hijos y por nosotros como hermanos. Cuántas veces, cuando llegaba sorpresiva e inesperadamente, tenía que dormir

en el suelo porque mi recámara estaba ocupada por uno o varios compañeros. Incluso en ella estuvo escondido el P. J. Aurelio Jiménez hasta que un día, desesperado de su prolongado encierro, salió a ver al Lic. D. Rafael Ceniceros y Villarreal, quien vivía en la calle Gral. Prim y pasando frente a la Secretaría de Gobernación un agente lo reconoció y aprendió, con las consecuencias por ustedes conocidas.

No pude permanecer mucho tiempo en la capital en virtud a que frecuentemente era molestado e incluso encarcelado. Me marché, un tanto de incógnito, al Mante, Tamps. a trabajar en la Comisión Nacional de Irrigación y posteriormente a Delicias, Chih. actividades que me permitían cierto anonimato.

Cuando se reanudaron los trabajos de la segunda etapa Cristera y sabiendo que el Lic. Manuel Villagrán había sido comisionado a Durango, y quien fuera compañero de estudios en la capital, volví a establecer contacto con él, hasta que me llegó la infausta noticia de su muerte, junto con Alfonso Mitre y Arturo Aganza. Inmediatamente me puse a las órdenes de Aurelio Acevedo quien me envió, primero, a recoger sus pertenencias, ropa, papeles, etc. y a recabar datos precisos de cómo ocurrieron los acontecimientos. Posteriormente, y como dice Meyer en su libro, fui comisionado por el propio Acevedo para que auxiliara al grupo de cristeros encabezados y jefaturados por el Gral. Federico Vázquez. Torreón y Durango eran mis centros de operaciones, en dichos lugares reunía alimentos, ropa, medicinas, armas y parque, lo que en medio de mil peligros llevaba al sitio donde se encontraba el Gral. Vázquez.

La situación, ciertamente, era insostenible. Por los factores circunstanciales por todos ustedes conocidos, el pueblo ya no brindaba en ayuda generosa y tan amplia como lo hizo durante los años de 1926 a 1929. Carecíamos de todo, hasta de lo más indispensable, y la situación era más conflictiva por tener que atender a dos campamentos, el formado por los luchadores y el integrado por sus familiares, esposas e hijos, que no podían permanecer en sus lugares de origen por la recia persecución de que eran víctimas.

Siempre anduvimos huyendo, nuestros correos eran asesinados, no podía presentar batallas importantes por carecer de parque, y no obstante mi inaudito esfuerzo, respaldado por grupos selectos de personas de una abnegación admirable, no lográbamos conseguir en Durango y Torreón un mínimo de lo que necesitábamos.

Incluso en la ciudad de Durango fueron asesinados, poco después de la muerte de Villagrán y compañeros, Aurelio Hernández, Candelario Ruiz, el P. Rafael Aguilar y su hermano, Alfonso Díaz González y varios compañeros más, quienes fueron enterrados en el campo de aviación y que algunos meses después localicé y sus restos cambié al panteón municipal

Humanamente ya era insostenible la situación. Hablé de esto con el Gral. Vázquez y sintiéndome responsable en parte de la misma, le expuse mi criterio en el sentido de que debíamos NO amnistiarnos, ni rendirnos, ni entregarnos al

gobierno. Eso nunca, sino disolvernó, que los muchachos se fueran a sus casas conservando sus armas y tuviéramos conciencia de la realidad.

Quizá todo esto, expuesto ahora a ustedes con calma y después de tantos años transcurridos, les parecerá un tanto intrascendente, considerarán el relato como frío o insubstancial, o como simplemente anecdótico. Todos ustedes en una u otra forma fueron actores, admirables y sacrificados, en esta lucha gloriosa sin la cual nuestro México católico tendría el estigma de cobardía. Pero vivir esas carencias, sufrir esas limitaciones, aquilatar nuestra impotencia, ser testigo de cómo nuestro grupo iba siendo diezmado, adivinando el sufrimiento de las familias que también padecían hambre y persecución, al ver con tristeza que no recibíamos la ayuda necesaria y sí, en cambio, teníamos que enfrentarnos a un ejército más adiestrado y mejor pertrechado que el de años pasados, mi conciencia me "atosigaba" y me decía que era llegado el momento de dar fin a esa lucha heroica, tanto más cuanto que era más ignorada e incomprendida.

Empero, tuve una rotunda negativa del Gral. Vázquez. Y ante esa circunstancia le pedí su autorización para comunicarme con los Jefes de la Ciudad de México y exponerles mi proposición de disolvernó, que no rendirnos. Me la dio, me dirigí a la Jefatura Nacional quien envió a tres personas cuyos nombres desafortunadamente no conservo. Les hice una exposición detallada de cuanto ocurría, de nuestra desesperada situación y de la decisión que yo consideraba pertinente, proponiéndoles hablaran directa y personalmente con el Gral. Federico Vázquez.

Lo aceptaron pero estimaron muy riesgoso trasladarse a la sierra el lugar donde se encontraba el General. En vista de esto fui por él, lo traje, junto con dos miembros de su estado mayor, a la ciudad de Durango, corriendo los riesgos que ustedes fácilmente pueden imaginarse. Hablamos largamente tratando de convencer al General de que ante las circunstancias, lo único que nos quedaba era disolver al grupo. Volvió a rechazar tal posibilidad demostrando su deseo e intención de continuar una lucha que humanamente estaba perdida de antemano.

Ante esta actitud de Federico Vázquez y siguiendo los dictados de mi conciencia, les manifesté que en efecto ya no se reunía uno de los requisitos teológicos para la licitud de un movimiento armado y que, por tanto, pedía mi baja, y me ponía a la disposición de mis superiores para que me juzgaran con el rigor que fuera menester, si consideraban que mi actitud era una deserción.

En los meses de noviembre y principios de diciembre de 1938 me comuniqué en repetidas ocasiones con el Comité Especial del Ejército Libertador, que así se llamaba en aquel entonces la Jefatura Nacional, cuyo Jefe era el Gral. Aurelio Acevedo. En los primeros oficios pedía que aceptaran mi renuncia, en los últimos que se sirvieran atender mi correspondencia, lo que ocurrió después de varios meses.

Como consecuencia de esa serie de factores, sufrí una crisis nerviosa, decaimiento moral, desesperación y desconcierto, así como complicaciones en una herida sufrida, de la que después tuve que ser operado por un médico de confianza.

El contenido de los oficios que recibí del Comité Especial no pudo ser más desalentador, desmoralizante y triste para mí. Lacónico, tajante, que lastimaron mis sentimientos y confundieron mi razón: "El suscrito se niega a creer lo que los ojos están viendo o sea que aquellos de quienes es lógico esperar mayor disciplina, son los que menos la tienen". Largo sería reproducir las dos o tres cartas que recibí del, a pesar de todo, querido e inolvidable Jefe Aurelio Acevedo, conocido también por su seudónimo de Cristóbal Reyes.

Me anunciaba la venida de alguna persona que me sustituyera, que nunca vino, y poco después, me enteré de lo inauditamente inesperado: el rendimiento del Gral. Federico Vázquez y su gente ante el Gral. Elpidio Velázquez Gobernador entonces del Estado de Durango.

De todo esto estaba enterado y fielmente informado el Sr. Arzobispo D. José Ma. González y Valencia, dándome la razón. Y nadie puede poner en duda su simpatía y lealtad para el Movimiento Cristero. Me atrevo a decir que tal vez por su trayectoria definida, sus comentarios, cartas pastorales, etc. impidieron fuera nombrado como el primer Cardenal mexicano.

Este fue, mis queridos amigos, el triste epílogo de mi trayectoria cristera, no nimbada de gloria, sino calificada como un abandono o deserción culpables. Como humano lo lamenté de todo corazón, pero esta pena fui a depositarla a los pies de Cristo Rey, asistiendo anualmente a casi todas las peregrinaciones que el primer domingo de noviembre realizan los sobrevivientes de aquella gesta heroica el Cerro de Cubilete.

El Gral. Jesús Degollado, pese a la diferencia de edad y jerarquía, siempre me dispensó una cordial amistad y cuando en alguna ocasión, poco antes de su fallecimiento le manifestaba el íntimo dolor, la espina que tenía clavada, por los conceptos de las cartas de Acevedo, me consolaba y tranquilizaba y, aún más, me decía que él había pasado por peores circunstancias cuando los famosos "arreglos".

El propio Gral. Acevedo, y Dios es testigo de que es cierto lo que digo, en el Cubilete, en alguna de esas peregrinaciones, se disculpó, todo emocionado, por la aspereza de sus conceptos y como una deferencia, ya desaparecido el Gral. Degollado, con la complicidad del Jefe José Gutiérrez Gutiérrez, me invitó o comisionó pronunciara un discurso en la explanada del Monumento a Cristo Rey, precisamente el año en el que se conmemoró el cincuentenario de la consagración de México a Cristo Rey, lo que hice con toda la fogosidad y todo el entusiasmo de que soy capaz.

No pretendo escribir mis memorias que no tendrían importancia e interés, ni es el momento oportuno para extenderme más, cuando debería haber sido más breve y lacónico. Si grande fue mi decepción por los hechos ocurridos y que a la

ligera he descrito, fue por otra parte un acicate y nervio para que, en otras trincheras y en otras tribunas, continuara luchando por el mismo Ideal, por la misma Causa, por nuestra Mística que ha sido norma y ruta de nuestra vida: Por Dios y por la Patria, y esto es obvio para los que recibimos una recia formación en la auténtica y Benemérita ACJM y en las filas de ese glorioso ejército de Cristo Rey y Santa María de Guadalupe.

Si lo anterior es considerado por el historiador Jean Meyer como "abandono", dato tomado de los archivos de Aurelio Acevedo, lo lamento de corazón, lo que me ha provocado lágrimas de tristeza y desolación. Sentía la necesidad de abrir mi pecho a ustedes, exponerles como en un tribunal mi caso y confiar en su veredicto. De cualquier forma, todos los peligros de aquella actividad, riesgos, carencias, sufrimientos, lucha salpicada de sangre gloriosa y rematada por la corona del martirio, éxitos o fracasos, todo está colocado a los pies de Cristo Rey, como una muestra, insignificante y humilde, de vasallaje y de fidelidad. El juicio de los hombres es secundario. El juicio del Jefe Supremo es lo que debe importarnos.

Y para terminar, como siempre lo hacíamos en aquel entonces, lo hago ahora nuevamente lanzando el grito mil veces bendito, mil veces victorioso que hacía estremecer a nuestros enemigos; grito consagrado, expresión de nuestros deseos, bandera de nuestras acción, esperanza de México, Símbolo de amor y de paz: Viva Cristo Rey, Viva Santa María de Guadalupe.

Reciban un abrazo cariño.

Jesús Sanz Cerrada.

Nota de J. M.: En una entrega anterior, publiqué en este periódico, una carta de Felipe Brondo, cristero de Coahuila, pidiendo justicia para "Chuchín", o sea Don Jesús Sanz Cerrada (q.e.p.d). Creo que la publicación presente es precisamente de justicia. Agradezco al Sr. Alfredo Hernández Quezada, conservador de los archivos del Dr. Gutiérrez la comunicación de la hermosa carta de Don Jesús que, hasta la fecha me era desconocida.

Documento 8°

De Luis B. Beltrán (exliguero), octubre de 1974.

Estimado señor Meyer:

Saludo a usted atentamente.

A invitación del Doctor José Gutiérrez G. firmé gustoso la carta escrita por él y otras personas, agradeciendo a usted la publicación de su obra "La Cristiada" porque ciertamente contiene datos valiosos para la historia de esa lucha de los

católicos mexicanos en defensa de su religión y de sus derechos como hombres libres y ciudadanos de un pueblo creyente y amante de su patria.

He admirado el gran trabajo de investigación realizado por usted y desde luego he creído en una sana intención.

Es natural que en una empresa semejante se tropiece con la dificultad de discernir lo que en cada una de las informaciones que se reciben sea exactamente la verdad. Así me explico fallas que se advierten en su trabajo.

Desde luego no intento entrar en rectificaciones. Creo que usted tendrá el propósito de perfeccionar una obra tan importante y de trascendencias como la suya.

Sólo me permito declarar mi absoluta inconformidad con el modo con que se trata a la Liga Defensora de la Libertad.

En las circunstancias tan difíciles en que hubo de actuar era inevitable incurrir en algunos errores. Su mismo libro deja ver presiones no sólo de arriba sino de abajo; no sólo externas sino internas, que hicieron dificultosísima la labor de sus dirigentes.

Pero el que haya habido errores no significa que todo haya sido desaciertos como lo dice su libro, que verdaderamente se ensaña contra la Liga y sus dirigentes a quienes quiere llevar hasta el ludibrio.

Presenta el libro a la Liga como tropiezo de una lucha de campesinos. Eso no es verdad: El movimiento fue nacional. Indiscutiblemente los campesinos fueron su fuerza, pero no el único elemento de lucha, ni de ellos partió el movimiento. La Liga, previendo los sucesos que llegaron, trabajó de tiempo atrás por organizar a los católicos para la defensa cívica de sus libertades; los acontecimientos se precipitaron y se produjo una situación en que fue ineludible enfrentarse al enemigo. No había quien, sino la Liga, que encabezara la defensa.

Su libro menciona la serie de recursos pacíficos que promovió. El rechazo de los legales, y de todos por parte del Gobierno, provocó la sublevación de los ánimos y se produjo el movimiento armado, que la Liga no promovió, sino trató de evitar.

Hay testimonio: Luis Navarro Origel, acompañado del Dr. Baltasar López Cerrato y Celestino Baca, todos amigos, se buscó para ver si pudiera hacer algo en su ayuda; pues los Jefes de la Liga le habían negado su aprobación para el levantamiento que tenía preparado. Me explicó la situación en que había dejado a todos sus comprometidos, quienes simultáneamente operarían al sonar cierta hora, tan próxima, que ya no era posible volver atrás. Mi respuesta fue: usted ha venido a pedir aprobación para hacer lo que ya hizo.

Pulularon los levantamientos, todos dispersos, y los dirigentes de la Liga, enfrentándose a la situación, lucharon porque los grupos tuvieran organización y auxilios.

Recurrieron a personas que pudieran organizarlos, pero surgieron quienes con ideas suyas propias quisieron llevar las cosas por donde a ellos les parecía. De

ahí se originaron descontroles y animadversiones que dificultaron muchísimo más la labor de los jefes de la Liga.

La saña contra éstos que se refleja en su libro llega hasta pretender nulificar a la misma Liga.

Mas ésta no era sólo el grupo de personas respetables que hicieron cuanto fue posible, luchando contra toda clase de contradicciones y obstáculos, por sostener la lucha hasta que se pudieran alcanzar los fines que se perseguían.

Los miembros de la Liga estaban en el campo de la acción armada y activos en las poblaciones de provincia como en la Capital: protección a familias de levantados en armas, a católicos perseguidos que llegaban huyendo; ayuda a los cristeros que iban en busca de curación, de recursos, de solución de problemas; servicios de espionaje e información, adquisición de elementos bélicos, etc., continuamente expuestos a caer en las redes de las policías del Gobierno o a denuncias de los adictos a éste. No pocos padecieron prisión, muerte o deportación.

Al terminar la lucha no faltó quien se pusiera a la tarea de hacer historia, partiendo de su certera, ejemplar y valiosísima actuación personal, y naturalmente denigrando a la Liga porque no obró como ellos hubieran preferido.

Me permitiré, por lo que a mí toca, decir a usted lo siguiente:

En el primer volumen de su libro, en la página 85, 4ª línea, dice: Luis Beltrán y Mendoza fue encargado de combatirlos (a las Brigadas) en Guadalajara y en la capital mexicana. Nunca recibí de nadie tal encargo, ni combatí a las Brigadas.

A quienes estaban detrás de éstas y las manejaban, les chocó la presencia del Delegado de la Liga en Guadalajara con el encargo de coordinar y servir, porque ellos querían ser quienes mandaran.

Así se explica que al Gral. Gorostieta le hubieran llegado informaciones tendenciosas y falsas. (Párrafo 2º de la misma página 85 de primer volumen de "La Cristiada".)

A usted, señor Meyer, reitero mi aprecio por su obra, que ojalá pueda ser depurada de inexactitudes que creo procedentes de informaciones más apasionadas que verídicas, y por tanto injustas.

Desea a usted todo bien su atento servidor.

Luis Beltrán y Mendoza

II: Polémica de la Cristiada

Nexos N° 30, junio 1980

La formación del “nacionalismo local”

Ocho pasantes de la escuela de antropología social de la Universidad Iberoamericana trabajaron bajo la asesoría de Andrés Fábregas y de Gustavo del Castillo, en un proyecto financiado por CIS-INAH: “Procesos Políticos en los Altos de Jalisco”. El resultado se presenta bajo la forma de 8 tesis, de las cuales seis han sido publicadas en tres libros: *Política y sociedad en México: el caso de los altos*. De Tomás Martínez y Leticia Gándara (SEP-INAH 1976); *Economía y Sociedad en los Altos de Jalisco*, de Jaime Espín y Patricia de Leonardo (Nueva Imagen, 1978) y el libro aquí reseñado. El área estudiada abarca los municipios de San Miguel, San Julián, Jalostotitlán, Tepatitlán, Arandas, San Miguel y Teocaltiche. En 1977 Andrés Fábregas, publicó en la revista *Controversia* (N° 3 pp. 5-20) “La formación histórica de los Altos”, reflexión muy valiosa sobre lo que es una región. Tal ensayo, desarrollado y profundizado, introduce e interpreta en 80 páginas el libro de José Díaz y Román Rodríguez.

Hay que leer *Política y sociedad en México*, estudio monográfico y comparativo de San Miguel y de Arandas, para entender la organización local del poder político construido, luego defendido o recuperado y, finalmente, integrado al sistema nacional por las oligarquías familiares pueblerinas. Tomás Martínez y Leticia Gándara ponen en claro, esquematizan, conceptualizan lo que Luis González cuenta o deja adivinar en su famoso *Pueblo en Vilo: microhistoria de San José de Gracia, Michoacán*, a saber, la existencia de una élite ranchera que manda, a partir de una base socioeconómica, cultural e ideológica, heredada de un pasado reciente. Anunciaban en este libro la tesis desarrollada por Andrés Fábregas, según la cual la Cristiada sirvió a dichas oligarquías para recuperar, consolidar, defender posiciones perdidas o amenazadas políticamente, y, por fin, para integrarse al sistema nacional, imponiéndose al centro por su fuerza local.

Para el público que ha leído a Luis González, mencionaré el caso de San José de Gracia, amenazado en los años veinte por el cacique Picazo, diputado de Sahuayo apoyado por México –pueblo cristero por antonomasia– dirigido indirectamente de 1924 a 1969 por el padre Federico González, tipo interesante de “cacique sin pistolas”. Apreciado por el presidente Cárdenas, y miembro a la vez de la familia importante del pueblo y de la Iglesia, institución esencial al poder oligárquico.

Andrés Fábregas examina (pp.18-48) la matriz que engendró la personalidad regional de los Altos: ausencia de comunidad indígena, frontera militar de colonización, agro-ganadería en relación con el desarrollo minero del norte que

determina un sistema agrario original señalado hace mucho por Wigberto Jiménez y François Chevalier y caracterizado por la coexistencia del minifundio y de la "hacienda alteña" (100 a 1000 hectáreas explotadas por propietarios residentes). Rancheros, pequeños propietarios y medieros son los personajes; en la organización social los dos elementos estructurados son el linaje, o sea la familia extensa, y la iglesia, al nivel parroquial. El sistema político de las oligarquías familiares (su estudio es una de las aportaciones principales del trabajo colectivo) se fortalece gracias al apoyo prestado por el sistema familiar y eclesiástico y viene a cristalizar en lo que Fábregas llama el "nacionalismo local". Aparece entonces una tesis:

"El sistema de dominio oligárquico usó a las instituciones políticas formales y a la iglesia en defensa de sus intereses particulares. La ideología del sistema oligárquico fundió a los elementos políticos con los religiosos de tal manera que la defensa de la religión fue conceptualizada como defensa de los intereses totales de la sociedad" (Fábregas p. 48).

La tesis es prolongada con otra:

"La iglesia local y las instituciones políticas están entrelazadas en un solo sistema de dominio: el oligárquico. Al no existir separación entre ambas instituciones, sino más bien complementariedad, los grupos sociales que controlaban el Estado nacional, que manejaban una ideología y una acción anticlerical, se encontraron con la resistencia unánime de los campesinos alteños, manipulados por la estructura de poder en un momento coyuntural de crisis agraria y económica en la región. En apariencia el conflicto era una guerra religiosa. La realidad es que se produjo un enfrentamiento entre los grupos sociales que se disputaban el control del poder y que tenían concepciones diversas para llevar adelante el desarrollo capitalista (...) en su lucha por el poder ambos manipularon a los campesinos, aprovechando el momento económico por el que atravesaba el país y la crisis agraria real, que era impostergable definir". (50-51).

En la p. 63, Fábregas precisa:

"En los Altos de Jalisco el conflicto político envolvió a la iglesia local, porque ésta y la oligarquía se necesitaban y complementaban. En la realidad el conflicto entre Estado e Iglesia ha sido un conflicto entre una oligarquía orientada hacia la tradición sociocultural local y otra hacia la construcción del Estado nacional. El anticlericalismo de los grupos de la revolución fue identificado con su política agrarista, que insistía en la colectivización ejidal de la tierra. Fue ésta la piedra de toque que permitió a la oligarquía tapatía la manipulación de una región campesina de pequeños propietarios: defender la religión era defender el principio de la propiedad privada y, con ello, los cimientos socioeconómicos que sostienen a esta sociedad regional. El conflicto político entre las clases sociales implicadas adquirió visos de guerra religiosa. Los arreglos finales de poder dejaron intacta a la estructura oligárquica, de tal forma que hoy, como desde el principio de su formación socio-histórica, la separación entre la Iglesia y las instituciones políticas no es una realidad de Jalisco".

Los cristeros y la crisis del ecosistema

Román Rodríguez y José Díaz demuestran la existencia de una crisis social en los Altos, crisis que llaman socio-ecológica, o sea crisis del ecosistema: tenencia de la tierra y relaciones de trabajo, problemas demográficos, baja productividad, desgaste del suelo, deterioro y asimetría de las relaciones de producción, todo lo cual lleva a la emigración. Esa primera parte desemboca sobre una proposición:

“El movimiento cristero se presenta, justamente, en estos momentos críticos en que el crecimiento de la población deja sin acceso al recurso básico de la tierra a un buen porcentaje de la misma” (p. 130) “(...) hacia 1926, año en que se origina el movimiento cristero, existía una situación crítica”. (p. 144).

Ya que el movimiento cristero está relacionado íntimamente con la iglesia y con la religión (que no es exactamente lo mismo), en el segundo capítulo analizan la institución religiosa en los Altos, subrayan su importancia y la forma en que la sociedad se organiza alrededor de ellas. En el tercer capítulo se hace un esbozo de las ideologías de la clase dominante y del campesino, recogida a través de entrevistas y observación participante. El cuarto y último capítulo analiza la movilización violenta de la sociedad campesina alteña en la Cristiada, con motivaciones explícitas fuertemente religiosas y cuya organización social constituyó la base de la organización guerrillera. Los primeros capítulos estudian muy bien las relaciones existentes entre la ecología, la religión, la organización social y la política, instalando a la Iglesia local en su papel clave. Para su Michoacán criollo del Occidente, Luis González había encontrado un esquema muy parecido con la secuencia régimen patriarcal / régimen teocrático / régimen oligárquico. Manifiestan, al mismo tiempo, la existencia de condiciones que facilitaron a la oligarquía regional aprovechar la crisis en la defensa de sus intereses particulares. El orden agrario que los mismos campesinos alteños conciben como justo se basa en la conservación de la familia como el contexto que encierra al trabajo, y en la pequeña propiedad como la forma de mantener el control de los medios de producción dentro de la misma unidad de producción.

“A esta concepción la oligarquía del Estado nacional oponía un orden agrario en el que el campesino se transforma en empleado del propio Estado, y en el que se le arrebató el control de los medios de producción a través de la tenencia ejidal” (Fábregas p. 66).

Se supo aprovechar un tipo de tradición sociocultural que hace énfasis en la religión como mecanismo para preservar la continuidad de la social. Sin religión no hay vida social en la concepción de los alteños, y sin propiedad se es hombre incompleto.

El argumento es circular: religión y propiedad son parte sustancial en la construcción de la vida social, según la ideología de los alteños. La oligarquía usó a la tradición, no como invocación del pasado, sino como elemento vital del presente. Díaz y Rodríguez escriben:

"Es decir, se postula que entre el levantamiento cristero y la crisis ecológica existente en la región de los Altos de Jalisco hay una relación directa y una conexión inmediata, si no manifiesta no por ello menos objetiva. La razón del matiz religioso que tomó el movimiento se comprende por otra realidad también muy importante; el papel preponderante de la Iglesia católica en la región y la importancia del control ideológico que ejerce en sus habitantes, tema del siguiente capítulo". (p. 146).

Algunas dudas

Admirador de un trabajo con el cual estoy de acuerdo en los puntos más importantes, puedo tranquilamente presentar ahora algunas dudas, puntuales o generales. Sí, hay crisis global en el campo alteño en 1926, pero tal crisis no es mi propia ni exclusiva de los Altos, ni del año 1920. La presión sociodemográfica mayor ocurrió entre 1880 y 1910, años del primer gran éxodo rural hacia las ciudades y los Estados Unidos. En aquellos años, los desequilibrios y las tensiones son más fuertes que en 1920-1930; por eso dudo de la determinación de la fecha de la explosión por una crisis socio-económica que culminaría en 1926, en relación con la crisis económica mundial. (pp.142-144).

Creo que los autores caen en un defecto que no fue mío cuando lo escribí *La Cristiada: quien quiere probar demasiado...*

El revés del populismo

Mi tentación, y caí alegremente en ella según rectificué en 1974 y 1978,²⁷ fue insistir en la autonomía del movimiento cristero como movimiento campesino, tomar posiciones ultras de "populista rural", de "narodnik" en contra de tesis demasiado negativas para los campesinos y para el factor religioso. Los autores, aquí reseñados quieren probar, a su manera, demasiados casos y su tesis de la manipulación tiene un sabor ideológico... La tesis de la manipulación (pp. 50-53) exagera la importancia del oligarca maquiavélico y olvida a la vez, el asalto, la agresión de la cual es víctima la sociedad

²⁷ Reflexiones sobre movimientos agrarios e historia nacional en México (en *Movimientos agrarios y cambio social en Asia y África*. Homenaje a P. Mukherjee, Colegio de México, 1974).

campesina, desde fuera²⁸ lo que conduce a conclusiones aventuradas como: “Se necesitaba, ante la situación descrita una válvula de escape para romper la tensión social existente y canalizar el potencial campesino acumulado por la misma situación de crisis ecológico-social” (p. 145): O sea. ¿Inventar un conflicto para ‘quebrar’ a los campesinos? La tesis de la manipulación se parece mucho a la vieja tesis del complot: las fuerzas reaccionarias (hacendados y clero) engañan a los campesinos y los llevan a morir para defender los intereses de sus opresores. Puede que sea una caricatura pero esa misma tesis defendía el gobierno federal en el tiempo de la Cristiada; se usó mucho antes para explicar la paradoja del levantamiento popular y contra-revolucionario de la Vendée, en la Francia de 1793, y se usa hoy para explicar la resistencia de los campesinos serranos del Afganistán contra su gobierno revolucionario. Algo de cierto tiene, pero algo, nada más, y tiene mucho de la racionalización a posteriori.

Todos, pero no tantos

Tercera duda: la hipótesis según la cual “este movimiento se produjo con tanta fuerza especialmente en la zona de los Altos” (p.98). Los Cristeros de los Altos representan, numéricamente 15 a 20 por ciento de los efectivos cristeros y la Cristiada abarcó zonas muy diferentes en las cuales las bases socioeconómicas, étnico-culturales eran muy diferentes. Esa observación no quita validez a los análisis hechos aquí, sino que trata de evitar que se mantenga el privilegio historiográfico del cual gozaron los Altos en la historia de la Cristiada. La originalidad de la Cristiada alteña reside en la ausencia de agraristas “locales”, lo que explica la casi unanimidad del movimiento y resta valor a la afirmación siguiente: “Los mezquites y huizaches de la región alteña son mudos testigos de tantos agraristas ahorcados que en los pies tenían atada una bolsita de tierra ¡‘ahí está tu tierra!’” (p. 188). Eso vale para la región de los cañones de Bolaños, Tlaltenango, Colotlán para el sur Jalisco (Ameca, Cocula, El limón, El Chante, El Grullo), y para el Michoacán tarasco pero no para los Altos que conocieron como agraristas a los de San Luis Potosí, soldados de Saturnino Cedillo con los cuales hubo guerra pero no guerra civil.

A propósito del anti-agrarismo ideológico de los Altos conviene señalar que es un fenómeno bastante general en el campo mexicano de la época. En condiciones muy distintas, los ex-zapatistas de Morelos piensan igual y sus

²⁸ Exagero: Díaz y Rodríguez escriben (pp.225-226): “El Estado mexicano buscaba su consolidación y pretendía extender su poder en base a un mayor control del país. Para ello intentó la reorganización de la esfera tecnoeconómica de acuerdo a sus intereses, trató de someter a las sociedades regionales e incursionó en el ámbito de la esfera ideológico-religiosa, buscando su sometimiento. Esto lo llevó al enfrentamiento con la estructura de poder de la Iglesia. El precario equilibrio existente entre las diversas fuerzas de la sociedad fue roto por una disposición de tipo político”.

pueblos se niegan a recibir las tierras en dotación, exigiendo restitución, para no caer en la dependencia del gobierno.

Lecturas paralelas

La cuarta duda vuelve al tema de la manipulación. Fábregas señala contradicciones entre los acaparadores de la tierra y los cristeros: las familias de los rancheros poderosos se trasladaron a Guadalajara, los hacendados y grandes rancheros no se levantaron en armas: "en el mejor de los casos, su posición era ambigua y se 'lavaban las manos'" (pp.59, 60, 146). En tal caso, sería mejor hablar de aprovechamiento. Se aprovecharon (como la iglesia institucional, como Roma) de la Cristiada para mejorar posiciones dentro del sistema político nacional en construcción. Eso no implica manipulación premeditada y maquiavélica, pero quizá me equivoco prestando tal tesis a los autores y veo moros con tranchetes. En realidad todos hacemos una lectura muy semejante de la situación histórica, con una diferencia en la tonada: ellos subrayan la dependencia, la falta de autonomía, la sujeción; yo insisto sobre la relativa libertad, relativa autonomía. Así, cuando los autores afirman que el "nacionalismo local" beneficia exclusivamente a la oligarquía y a ella debe su existencia, yo prefiero creer, como Luis González, y según los mismos argumentos de ellos (antecedentes históricos, ecología, ideología) que este localismo es también el producto de la experiencia concreta y de las circunstancias. El patriotismo local (matriotismo dice Luis González) se debe al hecho de que el pueblo funciona como unidad económica y territorial y a que el grupo social multclasista experimenta hacia adentro relaciones de cooperación y dependencia, y de hostilidad y desconfianza hacia fuera. Hay muchas lecturas posibles de un mismo texto y se puede notar "el idiotismo de la vida campesina" en donde otro observador encuentra las relaciones positivas (y negativas) de la comunidad.

Ya que hablé de "lectura", pienso que se pueden hacer de mi Cristiada varias lecturas y que Fábregas tiene la mitad de la razón cuando escribe; "es insostenible su interpretación (la de Meyer) del movimiento cristero como una guerra religiosa en la que no interviene la iglesia...²⁹ interpretación ideológica y por tanto inaceptable" (p.62). Si mi interpretación es ideológica, no es únicamente eso y nunca negué la importancia de las raíces socio-económicas de "ese movimiento que arrastra, como la presa cuando revienta, todas las aguas mezcladas". Perdonen mi metáfora (tomo III. P. 33) pero la religión es una de las tantas aguas y después de estudiar los factores económicos y sociales (tomo III. Pp.8-100), escribo:

²⁹ En el tomo III, p. 319 de La Cristiada escribí: "la gente de la Iglesia nunca dirigió ni inspiró la Cristiada". Tal cual, y sin matizar, es efectivamente inaceptable. La proposición contraria tampoco es aceptable. Contra ella argumentaba.

“Se ha subrayado bastante el papel de los factores económicos y de las estructuras territoriales para no ser tachados de idealismo, pero el hecho es que no existe modelo de *homo economicus* para explicar al cristero. La insatisfacción económica es universal, así como la pobreza, duramente experimentada como una recaída después de 1910 y sin negar una influencia efectiva al régimen de la propiedad no se puede aceptar sin discusión tal privilegio atribuida una casualidad, en el interior a su vez de la causalidad económica ya privilegiada” (tomo III. pp. 23 y 9).

O sea que no opongo una causalidad religiosa, una naturaleza *únicamente* religiosa, a una causalidad agraria, a una naturaleza *únicamente* económica. Cuando los autores se dan como horizonte teórico el Marx de: “no es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia” (p. 102), estoy de acuerdo pero, en la práctica, la complejidad de las relaciones que tenemos que analizar es tal que siguiendo sólo esa fórmula perdemos el equilibrio o la medida. De los fenómenos económicos a las psicologías colectivas tan bien puestas a la luz (el nacionalismo alteño, vivencia religiosa de ese cristianismo cósmico), hay todo un universo de relaciones intermedias en las cuales no solamente las estructuras, sino la coyuntura y el acontecimiento tiene su papel. Y la ideología que nace un día, cristaliza de manera sencilla y fuerte toda una personalidad compleja, afirmándola contra otra. La ideología cristera fraguada en los años 20 perdura mientras no ocurren modificaciones profundas, tan profundas que puedan cambiar la personalidad colectiva que simboliza. Perdura hasta los años sesenta.

Los senderos del abismo

Si ocupamos posiciones diferentes es que: como historiador, me sorprende menos encontrar sociedades en las cuales la solidaridad de clase del mundo moderno contemporáneo funciona poco. No atribuyo tal hecho a la manipulación del pueblo por las élites, sino a la naturaleza misma de estas sociedades, en las cuales la lucha de clases existe, pero la división horizontal del cuerpo social aparece sólo ocasionalmente. El fenómeno más general es, y Díaz y Rodríguez lo han analizado mejor que yo, la permanencia de grupos fundados sobre la interdependencia de los intereses (parentelas, linajes, clientelas, lealtades), grupos constituidos por familias de fortunas y rangos diversos, pero que mantienen cierta unidad a través de relaciones mutuas de protección, servicio, solidaridad: el rancho, la ranchería, el pueblo, el cantón, la clientela de una familia oligárquica, la parroquia, la cofradía. Existía en el campo, entonces, una amplia preponderancia de las divisiones verticales sobre las divisiones horizontales, esta solidaridad explica la “manipulación” y hace de ella algo menos mecánico, más sutil y menos maquiavélico.

En la última página de *La Cristiada* escribí, en 1971: "si se quiere aprehender realmente el sentido de la Cristiada, hay que tener en cuenta, al lado de los factores económicos, otra necesidad y otra exigencia", y cité enseguida a Ernst Bloch en su *Tomás Münzer*: "Porque si bien los apetitos económicos son realmente los más sustanciales y los más constantes, no son los únicos, ni a la larga los más poderosos; no constituyen tampoco las motivaciones más específicas del alma humana, sobre todo en los periodos en que domina la emoción religiosa (...) con un análisis puramente económico se corre el riesgo de disolver los contenidos más profundos de esta historia humana en plena efervescencia y de despojarla de su carácter original, por reducción a la pura ideología".

Por eso no creo que haya un abismo entre nuestros trabajos y alabo la fecundidad de la antropología tal como la practican Fábregas y su grupo, lejos del ghetto teórico y temático de antaño, sensibilizados a la dimensión histórica. Ahora los historiadores tendrán mucho que aprender con su obra; al mismo tiempo, manifiestan la fecundidad del estudio regional, del estudio de casos sobre una base monográfica multiplicada. Eso da confianza a los partidarios del encuentro entre las disciplinas y del intercambio.

III. Los 250,000 muertos

A continuación se reproduce facsimilar de la entrevista que dio el presidente Miguel de la Madrid al diario francés *Le Monde*. Se enmarcó el párrafo que evalúa a 250,000 muertos el costo del conflicto religioso. Y también la carta del director del diario a Jean Meyer, confirmando lo dicho.

Un entretien avec le président du Mexique, M. Miguel de La Madrid

« L'intensification de la violence en Amérique centrale nous pose à tous des problèmes très graves »

Il y a un an, le 19 septembre 1985, un tremblement de terre secouait Mexico, faisant plusieurs milliers de morts et causant quelque 4 milliards de dollars de dégâts. Le Mexique a subi depuis un autre tremblement de terre avec la chute verticale des cours du pétrole, dont il tirait depuis des années

l'essentiel de ses ressources d'exportation. L'inflation et l'endettement ont atteint de ce fait des taux records et la menace de récession se précise. C'est donc d'abord un catalogue de difficultés qu'a présenté le président Miguel de La Madrid, le 1^{er} septembre, dans son message annuel au Congrès, l'« Informe ».

La tradition veut que le Mexique invite quelques directeurs de journaux étrangers à assister à cette manifestation. André Fontaine, qui était du nombre cette année, a pu avoir à cette occasion avec le chef de l'Eiat la très libre conversation dont on trouvera ci-dessous le texte intégral.

« Monsieur le Président, vous avez commencé votre « Informe » en énumérant un grand nombre de difficultés auxquelles le Mexique se trouve confronté. A votre avis, quelle est la principale ?

— C'est toujours, à mon avis, le problème économique, qui s'est beaucoup aggravé avec la chute brutale, à partir du mois de janvier, des prix du pétrole. Pour contenir l'inflation, nous avons fortement freiné les dépenses publiques, la politique monétaire et le crédit, mais je crains qu'elle ne dépasse cette année son niveau de 1985. Et nous enregistrons, d'autre part, du fait de la politique restrictive que nous appliquons, une tendance à la récession.

— N'y a-t-il pas eu une certaine imprudence, de la part du Mexique

comme d'autres pays producteurs, à se mettre dans une trop forte dépendance vis-à-vis de ses exportations de pétrole ?

— Sans aucun doute. Dans le cas du Mexique, l'économie s'est très fortement et très rapidement « pétrolisée ». Nous sommes devenus, de ce fait, trop dépendants du pétrole tant sur le plan des exportations que sur celui des finances publiques. Les prix internationaux du pétrole ayant diminué, nous en avons subi les conséquences, qui sont extrêmement graves.

— Pensez-vous pouvoir arriver, dans un délai relativement rapide, à diminuer cette dépendance vis-à-vis du pétrole ?

— Nous avons fait de très grands efforts : il y a eu un déve-

loppement très sensible, au cours de ces dernières années, des exportations non pétrolières, mais cela implique une transformation structurelle de l'économie qui ne peut être effectuée rapidement. Comme pour tant de choses dans la société, la dégradation de l'économie intervient plus facilement et plus rapidement que son redressement.

— Et naturellement, ces changements impliquent des sacrifices pour des couches importantes de la population qui ne vivent déjà pas trop bien.

— C'est bien le cas.

— Vous ne craignez pas d'avoir déjà atteint la limite des sacrifices supportables ?

— Ces sacrifices ont été très importants. Les niveaux de vie ont régressé, surtout en ce qui

concerne les ouvriers et les classes moyennes. Mais les gens ont supporté la situation parce que l'emploi, malgré certaines tendances qui nous préoccupent, n'a pas fondamentalement souffert. Mais il n'est pas facile de maintenir le niveau de l'emploi, tout en luttant contre l'inflation par la réduction des dépenses publiques et du crédit. Nous avons mis sur pied des programmes de compensation, poursuivis des programmes sociaux très importants dans les domaines de l'éducation, de la santé et de la sécurité sociale, de l'approvisionnement des produits de base et du logement, ce qui a permis de compenser la perte subie par les salaires réels.

Propos recueillis par ANDRÉ FONTAINE. (Lire la suite page 6.)

Les risques du savoir

« Science sans conscience... »

par Pierre Drouin

A quelques jours d'intervalle, deux nouvelles ont jeté une lumière crue sur le déroulement de la recherche scientifique. L'une, en France, a été fortement soulignée ; l'autre, aux Etats-Unis, n'a pas eu, ici, le même retentissement. Le professeur Testart, on le sait (1), pionnier de la procréation artificielle, a annoncé qu'il arrêterait certaines de ses recherches pour des motifs d'éthique, se demandant s'il n'était pas urgent de faire une pause pour réfléchir aux graves conséquences sur l'homme que pourraient avoir les découvertes incessantes dans le domaine des manipulations génétiques.

En Californie, Peter Hagelstein, un très brillant physicien

qui poursuivait des études sur le canon laser à rayons X dont les résultats pouvaient être utilisés pour la mise en place du bouclier antimissile (« guerre des étoiles »), vient de renoncer à aller plus loin dans ce domaine, parce qu'il avait mauvaise conscience (2).

Ce n'est pas la première fois — heureusement — que des savants s'interrogent sur la finalité de leur travail, et si peu d'entre eux en tirent des décisions de rupture, le malaise est parfois mal refoulé. La communauté scientifique n'aime pas beaucoup les « belles âmes » qui la forcent à se poser des questions. La tendance profonde est de dire, comme le commun des mortels : « On n'arrête pas le progrès » et puisque toute

découverte nouvelle est un progrès à leurs yeux, c'est à la société à canaliser ses applications selon ses objectifs. L'attitude d'Oppenheimer refusant de poursuivre des recherches de nature à faciliter l'éclosion de la bombe H n'a pas été comprise par beaucoup de ses collègues, c'est le moins qu'on puisse dire.

En juillet 1974, onze biologistes américains lançaient un appel invitant leurs collègues du monde entier à interrompre provisoirement certains types d'expériences génétiques.

(Lire la suite page 18.)

(1) Le Monde du 10 septembre 1986.

(2) Le Monde du 13 septembre 1982.

A "Apostrophes" JACQUES DEROGY ET JE

Enqu trois se d'Et

- La cellule é
- L'affaire Gr
- Le piège d

ROBERT LA

Une entente satisfaisante s'est établie entre l'Eglise et l'Etat

- L'Eglise intervient-elle beaucoup contre cette politique ?

- Je crois qu'elle a maintenant une attitude plus souple : elle discute les méthodes, mais elle admet que le Mexique est dans l'obligation de réduire son taux de natalité.

- Il semble que les rapports entre la République et l'Eglise ont singulièrement changé. Celle-ci joue aujourd'hui un rôle très important.

- Au Mexique, le rôle de l'Eglise a toujours été important, même si l'histoire de ses relations avec l'Etat a été marquée par beaucoup de conflits. C'est une conséquence de notre histoire. Au temps de la colonisation, l'union était pratiquement totale entre l'Eglise et l'Etat. Lors de l'accession à l'indépendance, le Parti libéral a préconisé une nouvelle définition de leurs relations, alors que le Parti conservateur prétendait maintenir le statut colonial. Des luttes importantes se produisirent au siècle dernier à cet égard. Les conservateurs avaient pour devise : « Religion y Fueros », autrement dit, religion et privilèges. En revanche, les libéraux souhaitaient séparer les deux domaines d'action. Au milieu du dix-neuvième siècle, après des guerres sanglantes, le principe de la séparation de l'Eglise et de l'Etat a été établi. Un phénomène analogue s'est produit pendant la révolution du début du vingtième siècle, et des lois très strictes ont été promulguées afin de consacrer le principe de la séparation de l'Eglise et de l'Etat.

« L'Eglise, qui possédait la moitié du territoire national au siècle dernier, s'est vu interdire d'être propriétaire. Un système d'enseignement laïc a été créé. Il en est résulté, dans les années 20, une guerre de religion qui a fait 250 000 morts. Mais il a fini par s'établir, au cours des dernières années, une entente satisfaisante entre l'Eglise et l'Etat. La religion

est respectée et la tolérance présente jusque dans la rigidité de nos lois. D'aucuns souhaitent, à l'heure actuelle, revoir la question, mais je crois que ce serait au prix de nouveaux conflits sociaux.

- Pensez-vous qu'un jour des relations diplomatiques pourraient être rétablies avec le Vatican ?

- Il faut que la situation mûrisse avant qu'on puisse réexaminer le problème. Rien ne me paraît possible actuellement.

- Puis-je vous demander, en conclusion, comment vous voyez les relations du Mexique avec la France ?

- Je crois que ce sont des relations d'un très bon niveau politique, dans lesquelles il existe beaucoup de bonne volonté de part et d'autre. Mais nous souhaiterions avoir avec la France des relations plus profondes et plus vastes, notamment dans les domaines économique et commercial.

- Vous regrettez la fermeture des usines Renault ?

- Evidemment, il s'agit d'une source de travail qui se tarit. Néanmoins, je crois qu'il s'agit d'un phénomène qui affecte Renault au niveau international ; ce n'est pas un problème qui touche uniquement le Mexique.

- Y a-t-il d'autres points sur lesquels vous voudriez transmettre un message aux Français ?

- Rappeler le souhait du peuple et du gouvernement mexicains de resserrer de plus en plus les liens avec la France. Que l'on nous connaisse mieux - la connaissance est le fondement des relations. Que l'on comprenne, bien entendu, que nous sommes un pays différent, et que l'on essaie de nous comprendre directement et non sur la base d'informations fournies par des tiers.»

Propos recueillis par
ANDRÉ FONTAINE.

Le Monoc

, &1-44110, X9 d-

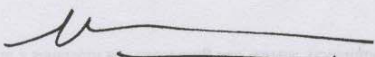
LE DIRECTEUR

Cher Monsieur -

venez trouver ci joint . pour
répondre à votre quest . la photo .
copie de l'original . et celle par les
services de la présidence à Mexico - de

La traducción de la catedral no se puede
haber sido enajenada l'intervención. Los
correctores se tratan por la forma.

Copy je un peu à nos
retrains les meilleurs



Form with checkboxes and labels:

<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

Form with checkboxes and labels:

<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

Form with checkboxes and labels:

<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

OBJETIVO GENERAL

OBJETIVO

IV. Alocución del general Amaro sobre el conflicto religioso (1931)



DEPENDENCIA
SECCION
MESA
NUMERO DEL OFICIO
EXPEDIENTE

ASUNTO:

ALOCUCION DEL C. GENERAL DE DIVISION JOAQUIN AMARO, CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DE LA COMISION DE HISTORIA. (1931)

Señores:

La Comisión de Historia que como una nueva dependencia de la Secretaría de mi cargo, se inaugura hoy, tendrá por misión esencial reseñar los hechos, desde un punto de vista militar y social, que se han desarrollado en el país desde la caída de la tiranía porfirista hasta nuestros días, porque es de urgente necesidad llenar un vacío que se dejaba sentir palpablemente, ya que es importantísimo y de alta significación histórica el proceso victorioso de la Revolución mexicana, debiendo por tanto llegar a las generaciones futuras todo el volumen de sus conquistas y toda la grandeza de su ideología.

La Comisión de Historia responde a la necesidad de que los escritores revolucionarios sean los que se encarguen de dar forma literaria a los acontecimientos que se han sucedido en nuestra patria desde el año de 1910, para evitar de esta manera que el bando reaccionario tome la iniciativa que nos corresponde, porque de no hacerlo así, los enemigos del progreso de las masas populares; los que han venido estorbando sistemáticamente el mejoramiento económico de campesinos y obreros, escribirían la Historia a su manera, falseando la



SECRETARIA
DE
GUERRA Y MARINA

DEPENDENCIA
SECCION
MESA
NUMERO DEL OFICIO
EXPEDIENTE

ASUNTO:

(2)

verdad y alterando a su capricho los nobles postulados que se han impuesto por la fuerza incontrastable del Ejército de la Revolución.

Dentro de este vasto programa de trabajo, que requiere una penosa adquisición de datos y una tenaz consagración al estudio de todos los aspectos que pudieran dar las bases para formular una doctrina táctica y de acción de los conductores más distinguidos y de los hombres representativos de nuestras luchas emancipadoras, la Comisión de Historia deberá concretarse, para iniciar sus trabajos, a escribir la reseña de la rebelión de los fanáticos durante los años de 1926 a 1929, para dejar así deslindadas las responsabilidades del Clero, único culpable de los trastornos habidos y de la sangre derramada en la contienda.

La Comisión de Historia consignará en las páginas que escriba los orígenes del conflicto provocado por la maligna terquedad y la altanera soberbia de los altos dignatarios de la iglesia católica que pretendieron descabelladamente desconocer los mandatos de la Constitución que nos rige y negar la soberanía de que está investida la potestad civil para legislar en materia eclesiástica; pondrá de bulto la perversidad de la casta sacerdotal, con todo valor y entereza; reproducirá todos los incidentes ridículos que tuvieron



DEPENDENCIA	_____
SECCION	_____
MESA	_____
NUMERO DEL OFICIO	_____
EXPEDIENTE	_____

ARINA

ASUNTO:

(3)

efecto en la turbia actuación de los prelados y todas las fechorías criminales consumadas por los clérigos, que abandonando sus curatos y parroquias, se lanzaron a la aventura de capitanear chusmas de humildes labriegos, sin voluntad y sin cultura, y a quienes lograron arrancar de su terruño con falsas prédicas y mentirosos halagos. Hará, así mismo, una recapitulación de los asesinatos consumados por los cabecillas de sotana en los hombres de trabajo que se negaban a seguir sus banderas de malhechores; un relato detallado y completo de los salvajes atentados, dinamitando, descarrilando, asaltando y quemando los trenes de pasajeros, después de que las escoltas militares disparaban el último cartucho; hará una exposición documentada de los incendios, de los robos descarrados llevados a término por los bandoleros que infestaron los Estados de ~~Nayarit~~^{Nayarit}, Colima, Jalisco, Michoacán, Zacatecas, Guanajuato y ~~Querétaro~~^{Querétaro}, invocando torpemente el nombre del fundador de la cristiandad para cometer tan repugnantes depredaciones.

Es necesario que la Comisión de Historia trate todo esto desde un punto de vista militar y social, como dije antes, para que se distinga de los otros trabajos encomendados por el señor Presidente de la República a otras Secretarías de Estado. Es necesario también que la de Guerra y Marina, que tuvo a su cargo batir a los alzados en los focos mismos de la rebe-



ARIA

MARINA

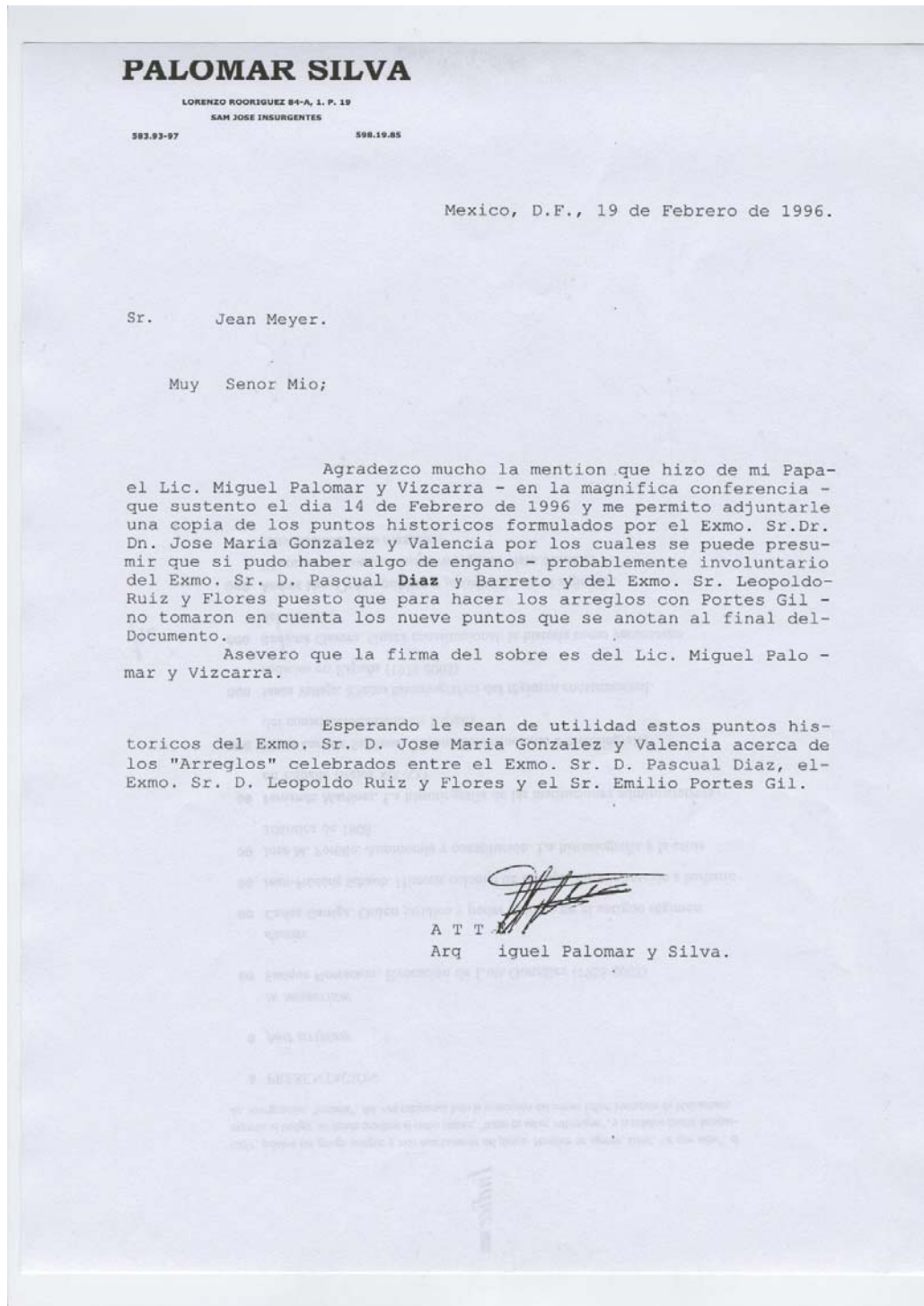
DEPENDENCIA
SECCION
MESA
NUMERO DEL OFICIO
EXPEDIENTE

ASUNTO:

(4)

lión, colabore de la manera más eficaz a la desfanatización del pueblo, llevando la luz de la verdad a todos los rincones de la Nación y a todos los lugares del mundo donde no se conoce la realidad porque el clero se ha empeñado siempre en exhibirnos como un puñado de verdugos sin conciencia que perseguimos a los ministros del culto y la libertad religiosa.- Es urgente contrarrestar esta labor de perfidia y de engaño por medio del periódico y del libro; es urgente también que el pueblo conozca a fondo a los hipócritas y encubiertos enemigos de su progreso intelectual y moral. Combatiendo sin cesar el fanatismo idolátrico y la superstición en los centros poblados por medio de la difusión cultural y de la escuela, se quitará al clero todo medio de explotación y propaganda y entonces la paz orgánica, la paz reconstructiva y fecunda estará, sin duda, firmemente asegurada y los Gobiernos de la Revolución podrán cimentar sus importantes renovaciones en el orden social, educacional, militar y político sin tropiezos de ninguna especie para el engrandecimiento y prosperidad de la patria.

V. Sobre los arreglos



VI. Colofón

GENERAL DE BRIGADA DIPLOMADO DE ESTADO MAYOR
MANUEL MARTÍNEZ SICILIA
AVENIDA GRAL. ÁVILA CAMACHO NÚM. 556
COLONIA JACARANDAS, ZAPOPAN, JAL.

23 Mayo 1976.

Muy estimado don Luis Luna:

A manera de preámbulo debo expresarte que mi escasa y relativa cultura autodidacta adquirida sin método alguno, no me autoriza para emitir el menor juicio que pudiera considerarse aceptable respecto a la obra del profesor Jean Meyer; "La Cristiada". No obstante mediante esa salvedad y respondiendo con agrado a tu sugerencia, me estoy permitiendo, en calidad de modestas apreciaciones, externar algunos puntos de vista que deben en todo caso ser interpretados como apriorísticos.

Leí con verdadero interés, y, pude decirse apresuradamente los tres tomos de esa importante obra, al grado que en una breve semana logré terminarla, lo cual como tu comprenderás no me permitió detenerme a meditar o a analizar sobre ninguno de sus capítulos; me sería necesario por consiguiente volver a leerla con cuidadoso detenimiento, (lo cual pienso hacer), para evitar en lo posible el incurrir en ideas inaceptables.

Substancialmente la obra del profesor Meyer resulta de trascendencia capital, pues a la vez que contiene datos, testimonios, observaciones y, sobre todo, impresiones personales de profunda objetividad evidencian su mérito y originalidad.

He tenido la oportunidad de haber leído otras obras en relación con la rebelión cristera (algunas de entre las cuales tú has sido amable en obsequiarme) y, entre ellas en concepto la más completa y documentada figura la del profesor Meyer puesto que viene a llenar un vacío histórico mediante una serie de informaciones y anotaciones que todavía para muchos resultan desconocidos; así pues el profesor Meyer ha descorrido gran parte del velo; velo que no ha logrado descorrer más aún de haber obtenido el acceso a ciertos documentos; acceso que le fue negado como él lo manifiesta.

Su indiscutible calidad de escritor, su empeño y perseverancia, su brillante estilo literario y, su evidente labor de investigación exhaustiva para presentar y desentrañar la verdad son factores que le adjudican un merecimiento que no se puede menos que reconocerle. ¿Podrá considerársele con ángulos parciales?... pudiera ser así, pero por mi parte estoy lejos de tal atribución y menos cuando se trata de un campo tan delicado.

La copiosa serie de testimonios a que el profesor recurrió pueden ser aceptados en su calidad de veraces así como la fuente de donde los obtuvo: entes vivientes que no podrían dado el caso sino reiterar sus mismas versiones expuestas en su más honda sencillez: estás tú entre ellos y a quien el profesor hace referencias personales y directas; referencias que entre nosotros tus paisanos y amigos vienen a confirmar tu actuación de guerrillero y soldado. Recuerda que la guerra es la mejor escuela para aprenderla.

Un historiador se verá siempre sujeto a críticas, posibles réplicas e impugnaciones justificadas o no, lo que de cualquier manera redundará en beneficio a la depuración de la historia. El historiador no siempre estará en condiciones de tener la oportunidad de ponderar, observar y analizar ciertas circunstancias tales como las costumbres, la idiosincrasia, la psicología, la cultura, la mentalidad, y en general la ecología; circunstancias que si le fueron posibles objetivizar al profesor, andando sobre el propio terreno; objetivización que no lograrán, posiblemente, otros escritores particularmente de fuentes vivientes; sin dejar de admitir desde luego que los testimonios e informaciones orales sólo deben aceptarse como válidos cuando se logre llevar a cabo mediante su corroboración.

El profesor Meyer no marginó los aspectos sacrílegos y prejuiciales enmarcándolos en una fase de nuestras costumbres populares que pueden dar una comprensión más afín en relación con La Cristiada.

Nuestros católicos, arrastrando sus arraigados prejuicios ancestrales, vienen a lesionar el verdadero espíritu de su fe, cuyos dogmas están muy lejos de poder comprender, ni mucho menos su dialéctica teológica, o sea, que nuestras creencias siguen siendo transfiguradas mediante un telón que disimula una posible idolatría y, por otra parte, aun en la esfera sacerdotal, persiste la invariabilidad de sus fundamentos ortodoxos, circunstancia que da origen a grietas y fisuras vulnerables en virtud de que el adoctrinamiento actual nos sigue colocando en un catolicismo *sui generis* no aceptable ya por nuestras jóvenes generaciones.

En la obra del profesor Meyer se hace frecuentemente mención a desmanes, crímenes, atropellos, violaciones, herejías, tropelías, hurtos, sacrilegios impíos, y destrucción de imágenes, templos, etc., que nos hacen pensar en la contrapartida que tenemos a la mano (el reverso de la medalla). Es pertinente hacer algunas aclaraciones al respecto puesto que nuestro soldado no es sujeto a quien deben imputársele tales desmanes; cuando tales desmanes se llevaron a cabo solamente cuando así lo disponía privativamente el jefe de la corporación a que pertenecían. En fin a este respecto estimo que se pintan los hechos con exageración. Los contingentes, por otra parte, que integran o integraron nuestro ejército fueron y continúan permaneciendo católicos al menos en su esfera de la categoría cultural de soldado; así pues, los que combatieron a los cristeros procedían de la misma clase social: campesinos en lo general, principalmente en aquélla época y todavía actualmente, cosa que no podemos

menos que admitir o sea su fuente de reclutamiento. La animosidad, el encono y el sanguinarismo que se originó durante la lucha cristera dio lugar como en todas las guerras de esa especie a actos deplorables de una y otra parte. Nuestros soldados no pelearon contra una religión; pelearon contra un enemigo cumpliendo con un deber que tuvo sus manifestaciones de sanguinarismo, como sucede en esa clase de conflictos sean o no de orden religioso o político.

En fin, las causas de este conflicto tan sangriento y enconado resultan casi paradójicas pues fueron desconocidas en su fondo aun por los más altos jefes del ejército y aun ignoradas por los mismos mandos cristeros pues la dirección clerical que emanaba del más admitido alto jerarca eran esotéricas y más difíciles de comprender cuando existían tantas discrepancias entre el mismo clero; circunstancias que llegaron a asumir caracteres de un profundo cisma originando que la sangre hermana continuara derramándose entre los que cumplen con su deber y los que pretendían defender su fe, los que a la postre fueron defraudados sin tomar en cuenta sus sacrificios, máxime cuando nada tenían que ver directamente con una política subterránea de orden estatal-clerical.

Estimo que estas opiniones serán aceptadas como de "mí a ti" y es la razón por lo que me estoy permitiendo expresarte que en alguno de los párrafos de la obra del profesor Meyer encontré cierta confusión lo que atribuyo más bien a la rapidez de mi lectura o a una traducción no muy apegada al verdadero espíritu de su contenido pues, indiscutiblemente, el profesor Meyer es un escritor fecundo, de un estilo elevado y muy comprensible, enfocando sus puntos de vista ajustados a sus inteligentes reflexiones.

La lectura de la obra del profesor Meyer "La Cristiada" ha provocado en mi ánimo reminiscencias e invocaciones con un nuevo concepto de lo que fue "La Cristiada", despejando mi ignorancia sobre lo que fueron las verdaderas tramas y consecuencias que ni remotamente pasaron en mi mente por aquel entonces.